

VILLA *de* MADRID



REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

AÑO I

Ayuntamiento de Madrid

NUM. 2

VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas

Año 240 »

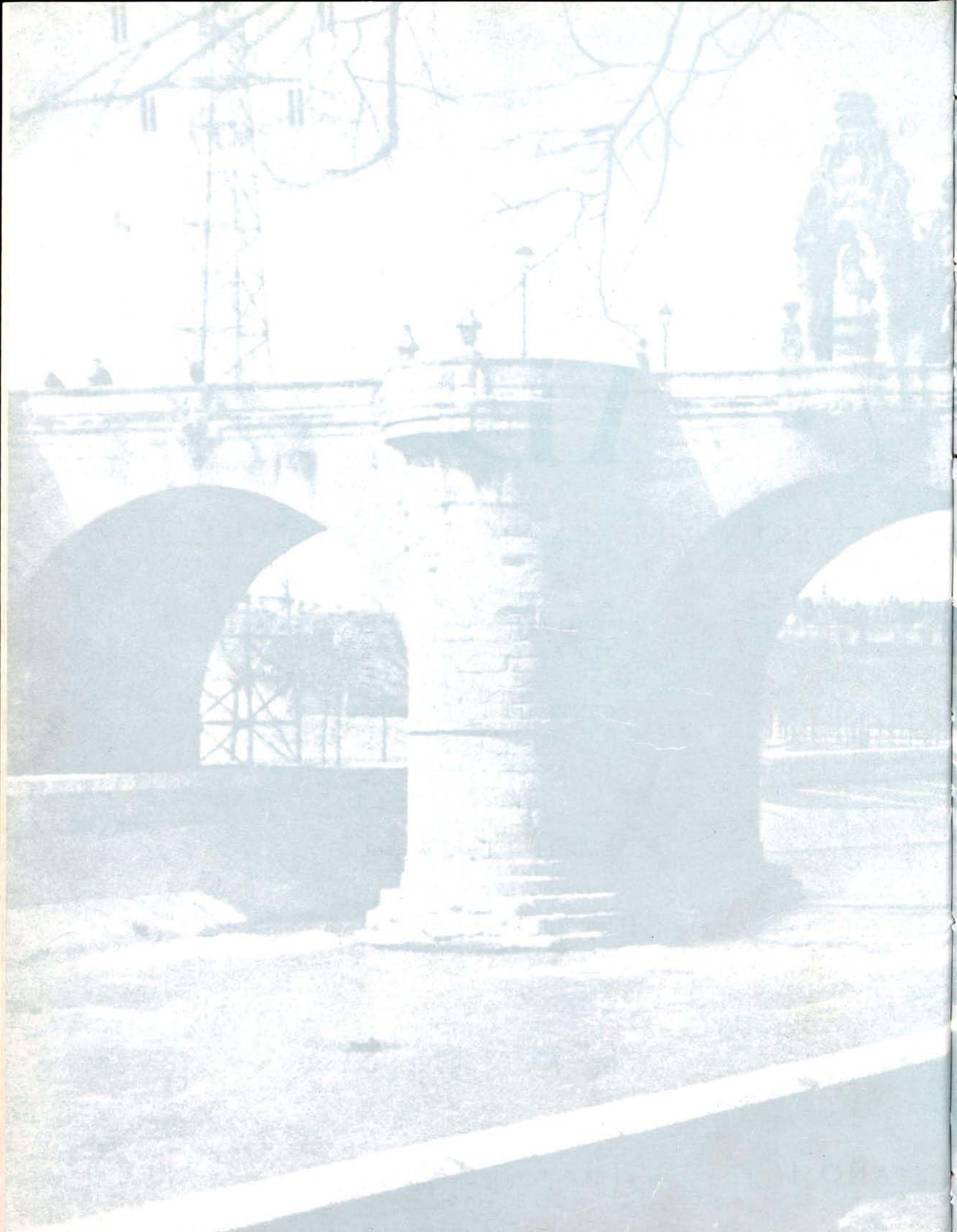
Tel. 48 18 29

M A D R I D

AÑO I

NUM. 2

Ayuntamiento de Madrid



SUMARIO

Editorial.

Madrid iluminado.

Aquellos isidros.—César González Ruano.

Poso y solera de San Isidro.—Antonio Velasco Zazo.

La noche de Isidro.—Manuel Pombo Angulo.

Décimas para festejar a San Isidro Labrador.
José García Nieto.

Dolor y esperanza de la capilla de San Isidro.—Vicente Carredano.

¡Al Santo!—Agustín de Figueroa.

La Santa Labradora.—P. Félix García.

Arte.—Manuel Sánchez Camargo.

Teatro.—Nicolás González Ruiz.

Reposición de la Gran Vía.

Deportes.

Don Alberto Alcocer.

Vida Corporativa.

¿Qué le gusta más y qué le gusta menos en las
Fiestas de San Isidro?

PUERTA DEL SOL. SUPLEMENTO DE VILLA DE MADRID

Las Fiestas de San Antonio de la Florida.—
Joaquín Campos Pareja.

Bibliografía.—José Leal Fuertes.

Piso bajo. Novela inédita.—Ramón Gómez de
la Serna.

Fotografía: Loygorri.

Editorial

SAN Isidro es el Patrón de Madrid, no sólo porque una circunstancia geográfica hiciera radicar su vida, plena de ejemplaridad, en la geografía de lo que habría de ser la capital de España, sino porque, del ejemplo de su vida, se deriva una constante lección para los madrileños. Cuando Madrid no soñaba su gran desarrollo —cuando era, humildemente, una villa afincada en el corazón de España—, Isidro, el bueno, el sencillo Isidro, ganaba la santidad por el camino del esfuerzo diario, es una vida que sólo preten-
día cumplir con su deber. Para Isidro pudieran haberse pronunciado también aquellas palabras de «mínimo y dulce», que aro-
man, como un poema, las umbrías de Asís. El fué todo sencillez, y ni siquiera se dió cuenta de que iba ganando un puesto de altísima jerarquía, con los ángeles como compañeros y las bestias de labor acompasando su esfuerzo. En el Madrid de entonces —Madrid agrícola y campero, con la yunta reflejando los lejanos paisajes de la serranía— Isidro se levantaba con la primera luz; la luz de Madrid, que trae color de nieve y



que le transforma en plata con las amanecidas. Y, durante toda la jornada, como quien no quiere la cosa, iba dándonos su lección de esfuerzo, trabajo y amor a la tierra. Esa tierra por la que se entenderían, siglos después, las avenidas; esa pradera en que hubo dolor de fusilamientos y, siempre, alegría de feria, porque el Santo había ocupado, con todos los honores, su puesto en el cielo.

Como Isidro fué, así debemos ser los madrileños. Constantes en el esfuerzo, y sin que el orgullo nos ciegue nunca, hasta el punto de creerle desmesurado. Amantes de un paisaje que Isidro fué transformando, con su arado, hasta sacarle fruto, como nosotros lo hemos transformado después haciendo de los surcos calle y del barbecho casa. Madrid ha encontrado hogar para cerca de dos millones de habitantes en aquellos campos que Isidro recorría, paso a paso, con la azada al hombro y el labio alegre. Pero aún nos falta mucho, en éste y en otros aspectos, y de la misma manera que Isidro no daba jamás su labor por cumplida, nosotros tenemos que no dar por rematada la nuestra hasta que no exista un solo ma-

drileño cuyo hogar no sea digno de la capital de España. En este problema, que nos agobia, el ejemplo de Isidro, que dió ejemplaridad con el suyo, debe ser acicate y estímulo a la vez. Porque el hogar a que los madrileños aspiran, no es sólo comodidad y cobijo, sino, sobre todo, cristiano hogar, donde el trabajo se transforma en canto y sólo cesa para dar paso a la oración.

El milagro de Isidro obrero—milagro patronal, donde los ángeles le sustituyen en la tarea—, es un milagro que nos enseña cómo, sin espíritu, no significan nada las más cumplidas realizaciones. Sería Madrid la gran capital por todos soñada, en todos los aspectos, y nada significaría si le faltase esa llama de la fe, que deslumbra, por encima de la más acabada colección de kilovatios. Y alcanzaríamos la cúspide de la civilización y la industria, y nada tendríamos si, desde ella, sencillamente, como el santo, no supiéramos arrodillarnos para dar gracias al Señor.

Miles y miles de obreros, miles y miles de madrileños, recorren la distancia de Madrid para dirigirse a su trabajo; dar facilidad a



su desplazamiento y reposo a unos músculos que vuelven cansados, es obligación del Municipio. Pero este camino ha de recorrerse también con la ilusión que Isidro lo hacía, limpio el corazón y los ojos añorando aquel retiro ejemplar donde Santa María de la Cabeza le aguardaba, para ofrecerle fidelidad y compañía.

Y como éste, tantos y tantos problemas que nos quedan por resolver. Problemas que deben acometerse bajo ese mismo nimbo que aureoló, al fin, la santidad de Isidro. El servicio a una causa justa. El hacer de Madrid una capital donde todos vivan felices, porque se consiguieron los medios materiales, pero, sobre todo, porque las conciencias, en paz, al reposar, entonan cada día un himno de acción de gracias a la providencia del Creador.

FOTO: LOYGORRI



MADRID, ILUMINADO



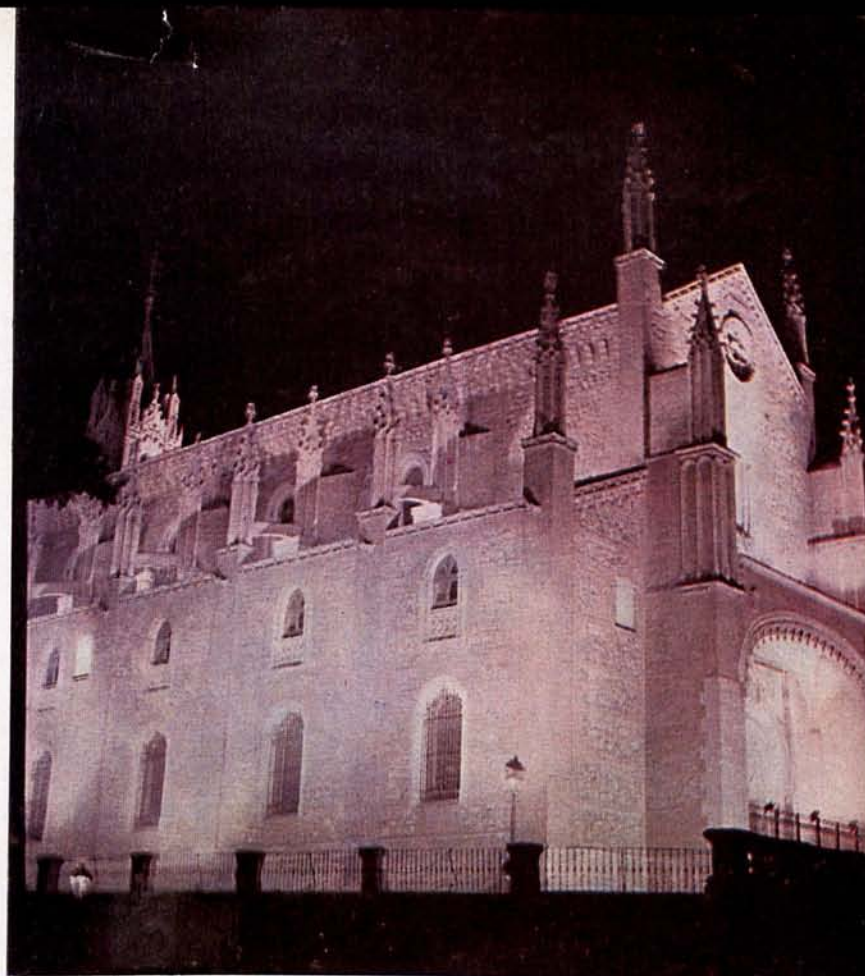
LA noche de las ciudades viene a ser algo así como su fantasía. Solamente cuando los individuos alcanzan plenitud de bienestar, la fantasía vuela y produce esa superación de la vida cotidiana que es el arte. A los artistas se les llamó, muchas veces, iluminados. La luz de la fantasía hace ascender el hombre hasta la belleza. Y las ciudades —que son el paisaje creado por él para que su intimidad disfrute cobijo y desarrollo— se iluminan también cuando los hombres encuentran la luz del espíritu, que colma sus apencencias. Una ciudad sin luz es como una casa donde las golondrinas no pueden anidar porque ninguna señal les marca el camino de la felicidad.

Cuando la desgracia cubre las ciudades, éstas se en-

vuelven en oscuridad. Todavía quedan en muchas almas el dolor y el recuerdo del Madrid rojo; del Madrid cegado, oscuro, sin luz, donde el abrir una ventana constituía un delito, y donde cualquier claridad era perseguida, porque Madrid vivía una noche sin aurora.

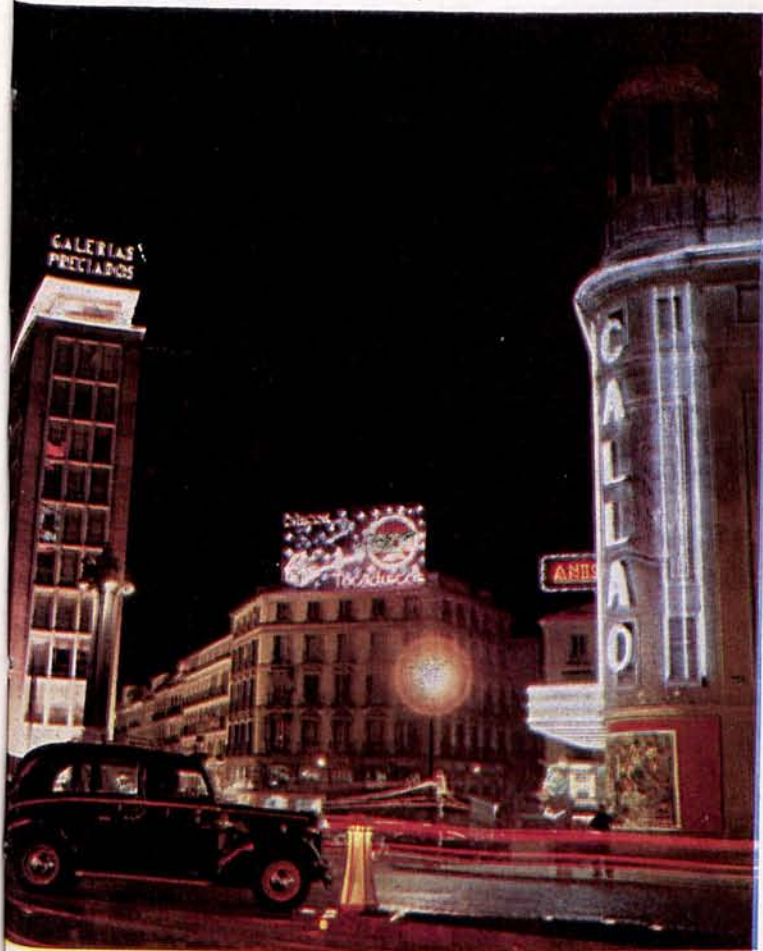
De aquel Madrid doliente a este recuperado para la España de Franco, media un mundo luminoso y optimista. Y la noche de Madrid se enciende, como con mil farolillos verbeneros, para proclamar la alegría de una ciudad que ha encontrado su canción y su futuro.

Pasear Madrid en las fiestas de San Isidro equivalía a adentrarse por una serie de pórticos cordiales que os gritaban su recibimiento. La Puerta de Alcalá curvaba la reverencia de su arco y su iluminación sin vidrio decía adiós, burlescamente, a Pepe Botella: los Jerónimos aparecían, sobre el cielo oscuro y las copas sin horizonte del Retiro, como envueltos en el sudario blanco que acompañó el silencio de San Bruno; y la calle de Fuencarral se hizo algarabía de comercio, y la Gran Vía centelleó con ese ritmo de luminosos que encierra música en su apagarse



y encenderse, porque invita al espectáculo. La noche de Madrid fué la gran avenida por la que todos marchaban contentos, cara a esa ermita sencilla donde un candil miente una estrella a los pies de Isidro Labrador.

Aquí exponemos unas cuantas muestras de la alegría y el gozo de Madrid iluminado. De un Madrid al que, por fin, se le fueron las preocupaciones, río arriba, río abajo, y al que todo le importa —trascendentalmente— un pito, porque es el pito del Santo.



FOTOS EN COLOR: LOYGORRI



Ao que

se, y, claro está, eso es pura fantasía. Es un ciudadano de cabeza de partido rural, muy bien vestido cuando puede —saber, sabe siempre—, y quizá esto que tanto le desagradaría oír es lo mejor que tiene, aparte su viveza entre noble y maligna y su postura escamona, de vuelta, de que a él no se la da con

¿No has notado nada en estos días, tú que faltas tanto de Madrid? —me preguntaba X, amiga dilecta de los mejores tiempos.

—No, la verdad...; vamos, no sé a qué te refieres exactamente.

—A San Isidro.

—¿A San Isidro?

—Claro; ni siquiera te has enterado.

—Tienes razón, ni me he dado cuenta.

—Como que una de las cosas que han desaparecido de Madrid son los *isidros*. Ya no hay *isidros*.

Cuando se acercaba la fiesta del Santo Labrador, Madrid se llenaba de *isidros*.

El clásico *isidro* era un tipo admirado y admirable. Venía de los pueblos de los alrededores, devolviéndole sin que el madrileño de la ciudad lo sospechara siquiera a la villa, su autenticidad aldeana, ese enorme carácter que tiene Madrid de aldea, de pueblo asfaltado, por el que cruzan, en las madrugadas sinceras, rebaños y carros de trajinantes.

El madrileño se cree un parisiense o un londinense,



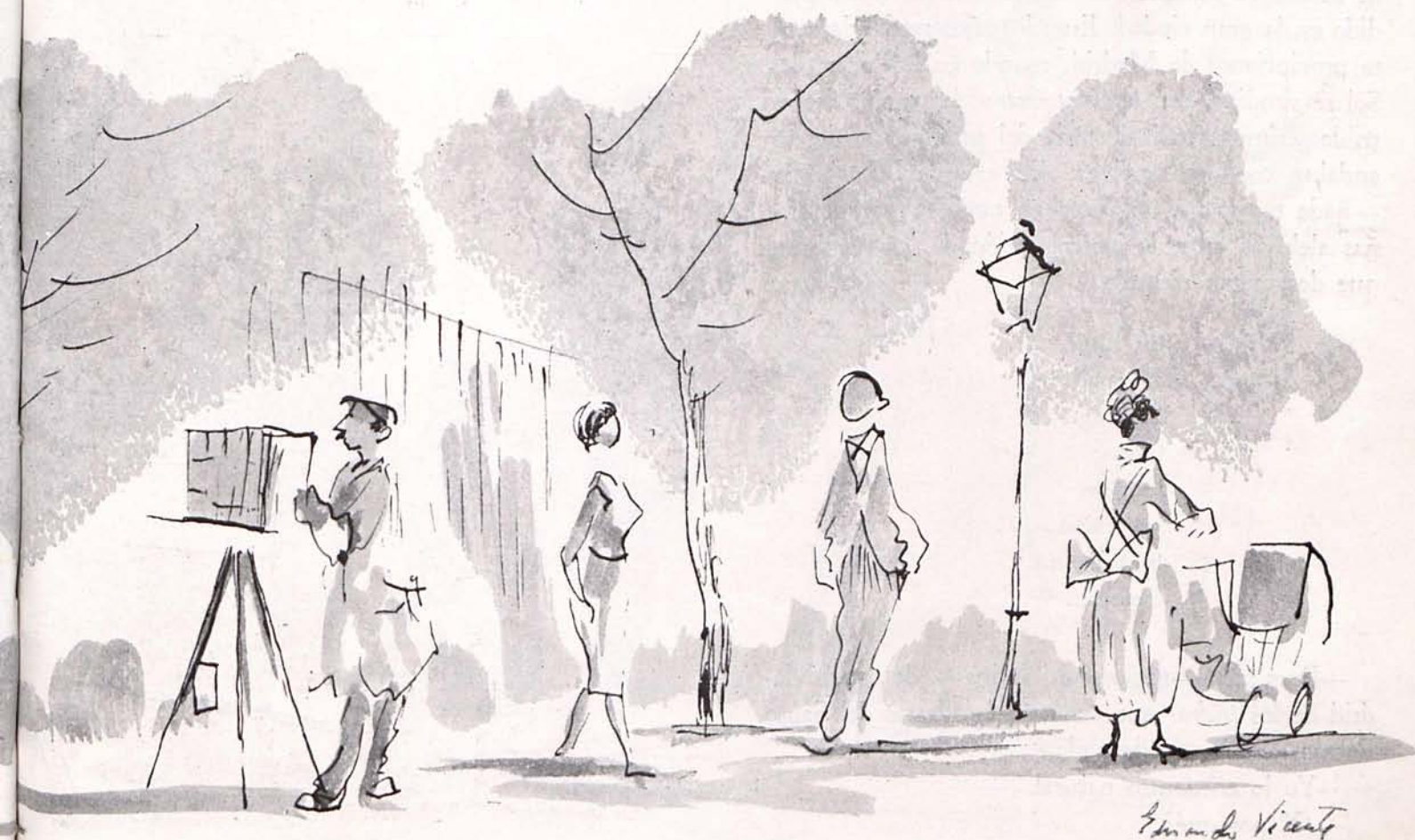
los Isidros

POR CESAR GONZALEZ RUANO

queso ni el más pintado. (El «a mí, ¿de dónde?», que es toda una postura ante la vida.)

Pero Madrid es rural. Es agrio y auténtico. Su pintor, en fin de cuentas, es Solana. El Madrid no mistificado es el de las cavas, el de la calle de Toledo, el de las Rondas, el de esa tremenda calle de Santa

Isabel, el de los Carabancheles, donde se recortan en un cielo trágico las espadas azules de los cipreses funerarios; el de las Ventas, que huele a gallinejas, pelo postizo requemado, cementerio, organillo y tinto con sifón. La Gran Vía es un añadido a la ciudad. El barrio de Salamanca algo así como el barrio de las



Legaciones de Shanghai o el barrio inglés de Tánger, que no tienen nada que ver ni con Tánger ni con Shanghai. En cuanto a su Puerta del Sol, auténtica plaza de pueblo, se dirige por la calle Mayor o la del Arenal, construída sobre el río, hacia la aldea edificada que a través de un palacio insólito sale a campos de cáscaras de huevo, gatos muertos a pedradas y paisaje de Goya.

El *isidro*, los *isidros*, iban a Madrid dispuestos a admirarse de todo y con todo. Pero su admiración era bastante frívola y externa: se quedaban pasmados ante los tranvías, ante los ascensores, ante los *chapis* de las señoras y cosas por el estilo.

Todos los años se repetían en Madrid las mismas historias de una sosería y una falta de imaginación fabulosas: un abundante robo de relojes y de carteras a los *isidros*, varios timos de rigor, como el *del sobre* y el llamado *del portugués*, y la pérdida de algún *isidro* que no sabía volver a su hotel o encontrar su posada.

Estas inocencias y otras por el estilo constituían anualmente un tema periodístico un tanto estúpido y cruel, por el que el pequeño periodista —hijo y nieto de *isidros*— se desquitaba de los complejos de su sangre contando las desventuras del *isidro* perdido en la gran ciudad. Eran los años profundamente provincianos de Madrid, cuando en la Puerta del Sol se vendían, con el *Zaragozano*, las coplas de terribles crímenes o la historia del matrimonio de un andaluz con una gallega. En estos mismos años —nada remotos— se voceaban también unas extrañas aleluyas sobre la interpretación de los nombres, que decían por ejemplo:

Las Marías
son muy frías;
las Margaritas,
bonitas;
las Rosas
son rencorosas;
las Enriquetas,
coquetas...

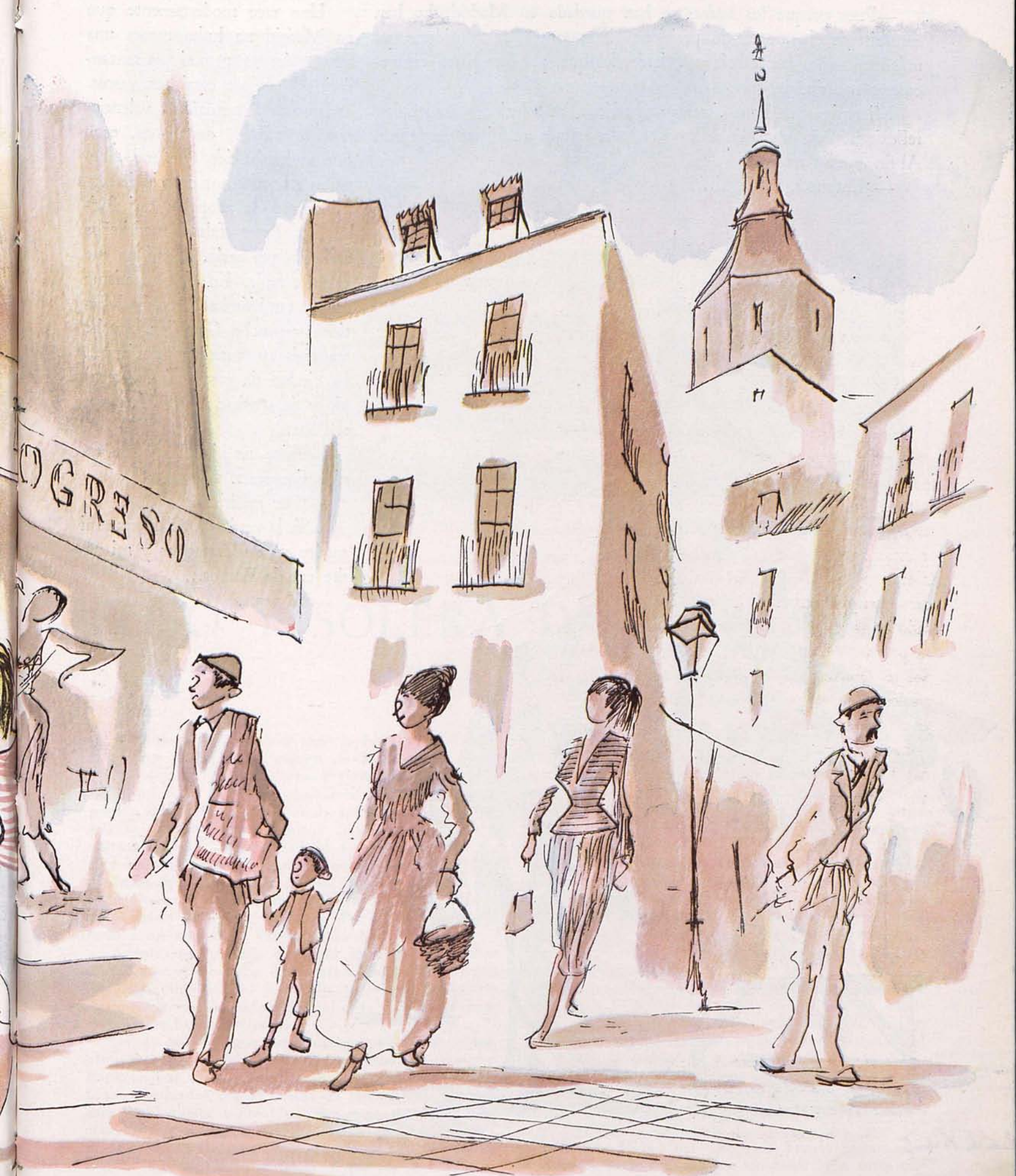
—Pues bien —me dice mi amiga—, de aquel Madrid de los *isidros* que venían a las fiestas del Santo Patrón, apenas queda nada...

—Yo lo encuentro natural.

—¿Y por qué?

CENES





Ayuntamiento de Madrid

—Pues porque los *isidros* se han quedado en Madrid. Lo han conquistado, han ocupado posiciones importantes, se consideran ya más madrileños que Daoíz y Velarde, los que, por otra parte, tampoco eran madrileños.

Mi amiga que tiene cierta propensión a las soluciones exageradas, reflexiona. Esta maña de reflexionar ha reventado a mujeres excelentes. Al fin, me interroga:

—¿Entonces, según tú...?

Uno cree modestamente que en Madrid no hubo nunca una raza autóctona, pero sí que santanderinos, gallegos, catalanes, vascos, andaluces, extremeños, valencianos, murcianos, castellanos, etc., que se habían ido quedando, llegaron a formar una especie de madrileñismo de adopción casi furibundo. Estos falsos madrileños acabaron por serlo. A mí no me extraña nada. En el separatismo catalán también había mucho Martínez y mucho González, mucho aragonés y mucho murciano... La ciudad da casos así de contagio y de sentirse más papista que el Papa.

—Chico, no sé... Yo me he tenido siempre...

—¿Por madrileña?

—Sí, la verdad... Claro que mi madre era de Cartagena y mi padre era de Burgos...

—Ya ves...



Eduardo Vicente

DIBUJOS: EDUARDO VICENTE



POR ANTONIO VELASCO ZAZO

Decano de los cronistas de Madrid

No cabe aquí enumerar todo lo bueno y edificante que peraura del Patrón de Madrid, del Santo llamado Isidro de Merlo y Quintana, hijo de humildes y no ricos labradores, como algunos suponen, que vivió y sirvió en la famosa quinta de los Vargas, durante aquella lejana época de continuas y azarosas guerras entre cristianos y musulmanes.

Siendo aún niño, cruzaba a diario por los parajes aledaños de la Puerta de Moros, donde habitaban sus progenitores, quienes frecuentemente le llevaban de la mano hasta la iglesia de Santa María, enseñándole a rezar a los pies de la Virgen de la Almudena.

Adentrábase el niño en aquel Madrid de los altos murallones y encerraba en su alma todo cuanto veían sus ojos, mientras iba poniendo en práctica las obras de perfecta cristiandad, hincándose de rodillas y orando con los brazos en cruz.

Ha de aprovecharse esta ocasión para dedicar una ofrenda a los sagrados recintos que guardan recuerdo imperecedero de nuestro Patrón, y que son como vestigios sahumerados por el aroma de la tradición que los hace doblemente venerables. Son esos múltiples rincónes santificados por la bendición de Dios, algunos de ellos visitados por la gente, de año en año, así que es llegada la fecha del 15 de mayo, y que yo, de continuo,

toda mi vida, recorro en mis andanzas por el Madrid viejo, donde me figuro a aquel niño virtuoso, que se fijaba largamente en los hombres piadosos que entraban en el templo de San Andrés: hombres de pardo ropón, amplia capa, barbas pobladas y largos cabellos. Traza y vestiduras análogas a las que él hubo de usar cuando mayor.

Uno de esos sagrados recintos es el de la calle del Aguila, consistente en un modesto y reducido oratorio, y en el cual cree la tradición que nació San Isidro, estando hecha la mesa del altar con una de las arca primitivas en que estuvo colocado el cuerpo del Santo Labrador, cuya efigie se reflejó hasta hace poco en una buena y artística escultura.

Otro aposento es el de la casa del Marqués de Villanueva de la Sagra, en la travesía del Almendro, donde había en otro tiempo una pieza muy pequeña, convertida hoy en capilla, porque según textos antiquísimos, San Isidro acostumbraba a guardar allí el ganado, y por eso el vulgo llamaba a este recinto *la Cuadra*. Aquí se conservan preciosas esculturas del Santo Patrón de Madrid y de su mujer Santa María de la Cabeza, así como retratos de los López de Zárate y del gran conquistador de Méjico don Diego de Vargas Zapata.

Pues es harto sabido, que tan buen hijo, buen tra-



San Isidro. Museo Municipal. Madrid.

bajador y buen cristiano, hízose labriego, especializándose en la tarea de abrir pozos y bodegas, de que restan algunos en los patios de ciertas casas de las calles de Toledo, Mayor y Estudios.

Bueno, obediente, afectuoso, sencillo, candoroso y de gran corazón, no tenía más afán que servir a Dios según le habían enseñado sus padres y maestros, en espera de una gloria llena de riquezas y bienes eternos.

Alternando con el trabajo, su mayor placer consistía en visitar los templos, y su mejor entretenimiento lo encontraba en la lectura de los libros sagrados, siendo su entera satisfacción socorrer a los necesitados, con la escasa medida de su modestísima posición.

Cuentan que, desde muy pequeño, era ya un niño virtuoso, honesto y doctrinado por sus padres, llamando la atención por su carácter religioso, hasta el punto de que quienes le trataban llamábanle, con gran acierto, *el Santito*, como si predijeran ya la santidad que, en efecto, le aguardaba, pues recibía de buen grado las enseñanzas, y todo cuanto leía y aprendía poníalo inmediatamente en práctica también, siendo de notar que después de la oración, y muy particularmente en la misa que oía todos los días,

quedábase largo rato meditando, como en éxtasis, en silencio y grave compostura, lo mismo que una estatua. Y por eso Dios le favorecía con su gracia.

Era un Santo. Santo madrileño de aquella villa medieval que en el correr del tiempo hubo en realidad de beatificarle y canonizarle solemnemente, teniéndolo por Patrón y milagroso. Lo primero, a instancias del rey Felipe II, conseguido en 1620 por el Duque de Sesa, nuestro embajador en Roma; y, lo segundo, en 1622, por el Papa Gregorio XV, de cuyas fiestas fué escenario la Plaza Mayor, estrenándose con tal motivo dos comedias de Lope de Vega, representadas en cuatro medios carros de extremada pintura, por Vallejo y Avendaño.

En la antigua travesía de San Justo, hoy llamada del Doctor Letamendi, según se baja desde la plaza del Cordón a la calle de Segovia, se encuentra la casa de Juan de Vargas, a cuyo servicio, como he dicho antes, estuvo el bendito San Isidro. Es una mansión vetusta y tradicional, con un patinillo a modo de jardín o huerto, sobre cuyas macetas flota y vibra un hálito de cálida emoción, que es alma de la casa y del rincón en que está enclavada, confundándose en la mente nombres y hechos que tienen relación con el Santo Patrón de Madrid, quien frecuentaba este paraje, a su regreso de Talamanca, donde cuidó y aumentó la hacienda del supradicho Juan de Vargas, allá por el año de 1119.

Tenía el caballero Vargas, a la sazón, dos casas en la villa; una, inmediata a la parroquia de San Andrés, situada en la Morería vieja, dentro de cuyo aposento vivió San Isidro, en una habitación baja, con su gran chimenea, convertida luego en capilla; y otra, junto a la parroquia de San Justo, donde él habitaba, y que es a la que estoy ahora refiriéndome, a la cual venía todas las noches nuestro buen labriego a rendir cuentas con su amo, del que recibía promesas mayores para su salario, hechas contante realidad cada año.

En ese tránsito de una a otra iglesia era fácil encontrar a San Isidro, puesto de rodillas, orando, elevado en éxtasis. Y al preguntarle los que junto a él pasaban: «¿Qué haces aquí, Isidro?», respondía siempre lo mismo: «Estoy oyendo una misa en el Cielo».

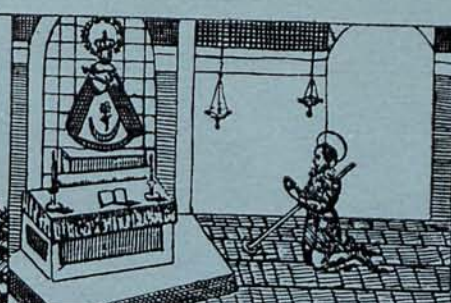
Así vivió el honrado labrador. Y



1 Vida de S. Isidro Labrador, patron de Madrid.



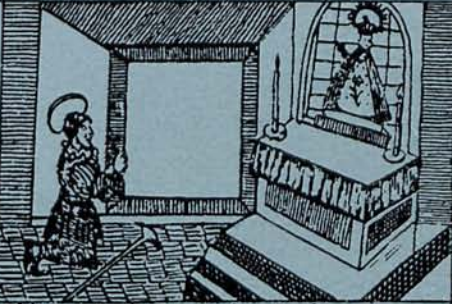
2 S. Isidro Labrando los campos de M.



3 Visita S. Isidro todos los dias a N. S. de Atocha.



4 Desposorio de S. Isidro y S. Mari de la Cabeza.



5 Visita S. Isidro todos los dias a N. S. de la Almudena.



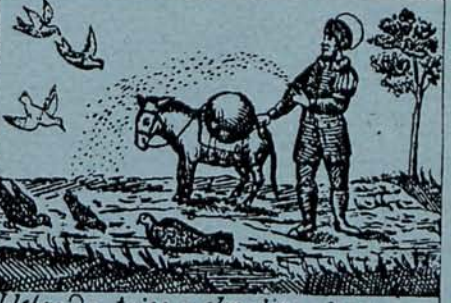
6 Halla S. Isidro a su Burro comido de lobos y orando a N. S. Resucita y muere los Lobos.



7 Le dicen a el amo de S. Isidro q. por esta se en la Iglesia no trabaja



8 Va el amo a ver si trabaja S. Isidro y en cuenta un angel haciendolo por el



9 Llevando trigo a el molino socorre a el hambre a las palmas.



10 S. Isidro a el golpe de su aija da saca agua y socorre la ceda de su Amo.



11 Le dicen a el amo q. S. Isidro le desperdicia el trigo lo ceta, y se halla multip. la arina



12 Le dicen a S. Isidro mal de su Esposa



13 Va S. Isidro a celar a su Esposa y la alla parado el Rio sobre su Mantilla.



14 Por la intercecion de S. Isidro Libro Dios a Madrid de un Asalto de Moros.



15 Por la intercecion de S. Isidro sacan del pozo a su hijo.



16 Muere S. Isidro en Madrid en la Parroquia de S. Andres



17 La rebelacion de S. Fran. de Alsis se recibe el cuerpo de S. Isidro en Madrid



18 Pide el Rey Felipe II a el Pontifice sea la Canonizado de S. Isidro y se declara por Santo.

*Que cuando Isidro seste
no es el sueño, no; es la mano
de Dios que le hace hortelano
y en su dormir se recrea.
Nadie dice que no sea
soñar entregar semilla,
abondar en la maravilla
de un campo que Dios prepara,
y el que aquí sus sueños ara
los recoge en la otra orilla.*

*Y como Dios es corriente
que todo yermo repara,
cuando Isidro con su vara
hace en la piedra una fuente,
sólo le muestra a la gente
parte de su sueño, y sabe
cómo está el aire en el ave,
cómo lo dulce en lo fuerte,
cómo la gracia en la muerte,
cómo la estrella en la nave.*

*Que tanta sabiduría
puede el Santo haber logrado
con la pluma del arado
y el libro de cada día.
La lección con que Dios guía,
mitad vela, mitad sueño,
mitad nube, mitad leño,
Isidro la sabe bien
y a diario la deja en
las cátedras de su Dueño.*





*Para que a todos conforte
su mayorazgo en el cielo
la ciudad, bajo su celo,
pasa de cortijo a corte.
Este, oeste, sur y norte
no son vientos, que el bajel
firme está ya y el clavel
colma las tierras desiertas;
él al campo puso puertas
y la ciudad fué por él.*

JOSÉ GARCÍA NIETO





LA NOCHE DE ISIDRO

POR
MANUEL
POMBO ANGULO

La noche de Madrid comienza, como debe ser, a la vera de la Casa de la Villa, en esa plaza cuadrada que escolta la sombra de Iván de Vargas. Iván, patrón con origen bargueño, buen patrón para mejor siervo, da muro y reja a la izquierda de la plaza, el lado del corazón. El muro es simple, recto, desdeñador de pendientes empedradas; la reja, con amor. Siempre son con amor las rejas de este Madrid de sombras y aleros, donde se lleva el viento los suspiros de Escobedo.

Las rejas del Madrid austriaco —el que se lanza al Viaducto como para despeñarse— son rejas con un poco de cárcel; rejas que fueron defensa. Cuando la emboscada se emboscaba en las esquinas, las rejas dejaban, sin gran riesgo, entreabrir los postigos. De las ventanas era la guardia; del balcón, la aventura.

La plaza del Cordón da luna al Isidro, cuando llega a sus losas; losas grandes, graníticas, apretadas; losas de lonja, muy fría, por donde rezan, sin apenas pisar, monjes retirados.

En la plaza del Cordón, no; la casa de su fondo —con el portal ahondado, abierto al landó que ya no ha de llegar—, es casa de abolengo y prosapia,

donde las fiestas encendieron los salones, que reverberan todavía, en la noche de Isidro, como si un duende encendiera las arañas. También aquí —y no sólo en Barquillo— existen casas de Tócame Roque, con sus leyendas iluminadas, como la de la doncella que aún espera a su «galán de la capa terciada». No hay más galán de capa terciada que Juan de Escobedo, favorito de muchos favores, a quien despenaron, con siete puñales, en la calle misma del Sacramento.

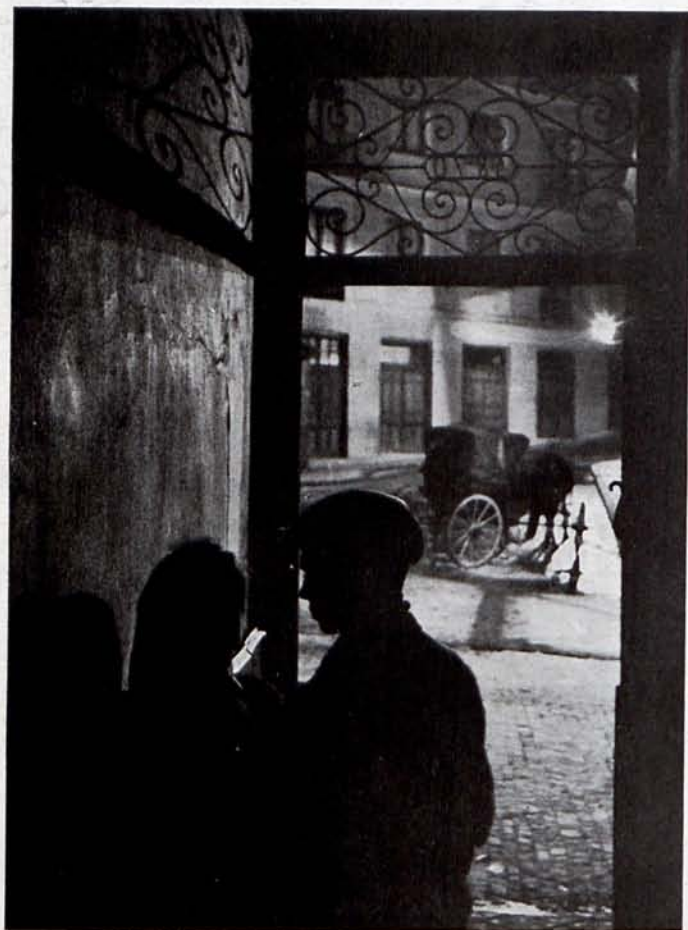
Dicen que su amor le espera todavía, y, de verdad, yo he visto encenderse las luces de la casa cuando la noche, ya adelantada, lo disculpa todo.

Carrère defendió esta casa —la casa número 2—, pero no se atrevió a decir nada de la doncella y achacó a Antonio Pérez y a sus pajecillos el recuerdo de Escobedo. Pero Carrère era un poeta, con mucho de agorería, y presta un misterio extraño a los hierros, a las sombras y a las bellas tejas del palacio de Revillagigedo, que cayó bajo la piqueta, con buena caída, a la que nada hay que reprochar.

Por la calle del Sacramento, Isidro pasa de prisa, embozado en la oscuridad, para que no le reconozcan los enemigos que acechan al valido, jugador, con suerte, al as de corazones.

Ahora se ve el mesón de San Javier, que luego cubrirá la obra del palacio; el mesón tiene paredes rojas, escudo, y, arriba, dos terrazas con flores; dos terrazas extrañamente parisinas, que semejan estudios. En este trozo, donde los tejados se aborregan en grises, existen balcones deliciosos, bohardillas con acento latino, de un barrio que cambió el Sena por el Manzanares. Isidro piensa que éste podría ser nuestro barrio latino, ahora que agoniza San Bernardo, y los estudiantes, que nunca fueron fieles a su contorno, le cambian por el paisaje de la Universitaria. El mesón de San Javier es antigua posada, recoleta, con cierto lujo; en una viga ancha campea el nombre. Ramón dijo que el genio de la raza se comía aquí una sardina entre dos pedazos de pan. Todo sigue igual, aunque Isidro se queje de que el pan y la sardina sean más caros.

Por la calle del Conde baja el agua; el agua clara de la lluvia, que lavó los muros de Magerit, y allá se va, hacia el río ancho de la calle de Segovia, que tiene hasta un puente y donde se ahogan los suicidas.



En los muros de Magerit, hechos hornacina, apareció la Virgen al rey cristiano, al buen rey Alfonso, para darle la bienvenida. Fué en el noviembre de las flores blancas.

Isidro ama a su Virgen y se persigna al rezarla. En este momento la noche toma un calor más íntimo, y el viento lejano del río peina las acacias como una extraña y sugerente cabellera de mujer.

Los fosos de las murallas dieron lugar a las Cavas, pero Isidro no lo sabe, y, si lo sabe, no le preocupa, lo que viene a ser lo mismo; la sabiduría, sobre todo, produce preocupación. Por aquí corrió la morería, arrea que te arrearás, porque los cristianos eran venidos y no cabían ya más martingalas. Isidro se hospeda aquí, buen lugar de buen hospedaje. Las posadas son típicas, aun con carros, en una inexplicable supervivencia. Todavía, hace pocos años, alguna de ellas se dejaba seducir por el dragón de Puerta Cerrada. En uno de los mesones comía Solana, rodeado de pintura negra, un cerdo infante, curruscado, como en un martirio. *El Segoviano* le servía su vino, que ya se ha perdido, porque él se perdió también. *El Segoviano*, «hospedero y vinatero».

(Las rubias «mises» gustan comer en este mesón, junto a la candidez de Isidro, y las america-

nas, y las francesas. La mujer de Sir Winston Churchill, en cambio, lo hizo en el de San Javier, con su pelo blanco, color de plata, muy limpio, como si la luna se lo hubiese lavado.)

La luna presta a la noche de Isidro un encanto especial; un encanto lunar. Si los poetas manejan tanto la luna, no es por una razón de rima, sino por una razón de efecto. No existe noche, desde el punto de vista estético, si la luna no luce



alta, porque no existe sombra. La sombra de Isidro asciende por esos escalones amplios, remansados, con algo de olas que se quedaron quietas. Así llegan las olas, suavemente, a la playa, igual que estos escalones, que son grandes, extendidos y muy bajos, para que no cueste esfuerzo la subida. La sombra de Isidro se extiende, hasta una taberna, que se llama «La Esperanza», que tiene frascas rojas, y frascas amarillas, y un mostrador guarnecido de azulejos, donde corre el vino su pequeña hemorragia.

Como las terrazas recuerdan estudios, las tabernas de este barrio de Isidro —el barrio de los Austria y el perfil— son las más literarias de Madrid. Tabernas con retratos de personajes, con libros donde se firma tal que a la salida de un Museo, y cuadros de Zuluaga en las paredes, y dibujos de máscaras que entierran la sardina. Los escritores de Madrid se han recreado en las biografías de estas tabernas, donde el tiempo se hace tertulia y hay siempre un picador que escucha sin decir nada, y un mozo de estoques que entiende de cante hondo

y baile flamenco.. Estas tabernas son, un poco, como la rebotica de Don Hilarión; las reboticas del buen siglo XIX, donde Galdós ideaba nuevas fantasías al 2 de Mayo, entre potes de porcelana, pintados a mano, y con leyendas que indicaban dónde se encerraba el sándalo y dónde la menta real.

La otra luna de la noche de Isidro, la luna pequeña y saltarina, la constituyen los faroles. Los faroles se adelantan, como ofreciéndose a la cuerda de un Villiers de L'isle Adam que no hubiese sufrido melancolías en la noche de Madrid, porque la noche de Madrid está tachonada de euforia. Junto a los faroles se ven las leyendas de las calles, en una cerámica ingenua, un poco desambientada quizá, pero que recuerda los barros de Puente del Arzobispo y Talavera, que las mocitas llenan de flores recién cortadas para



adornar la Imagen de la Virgen de la Paloma.

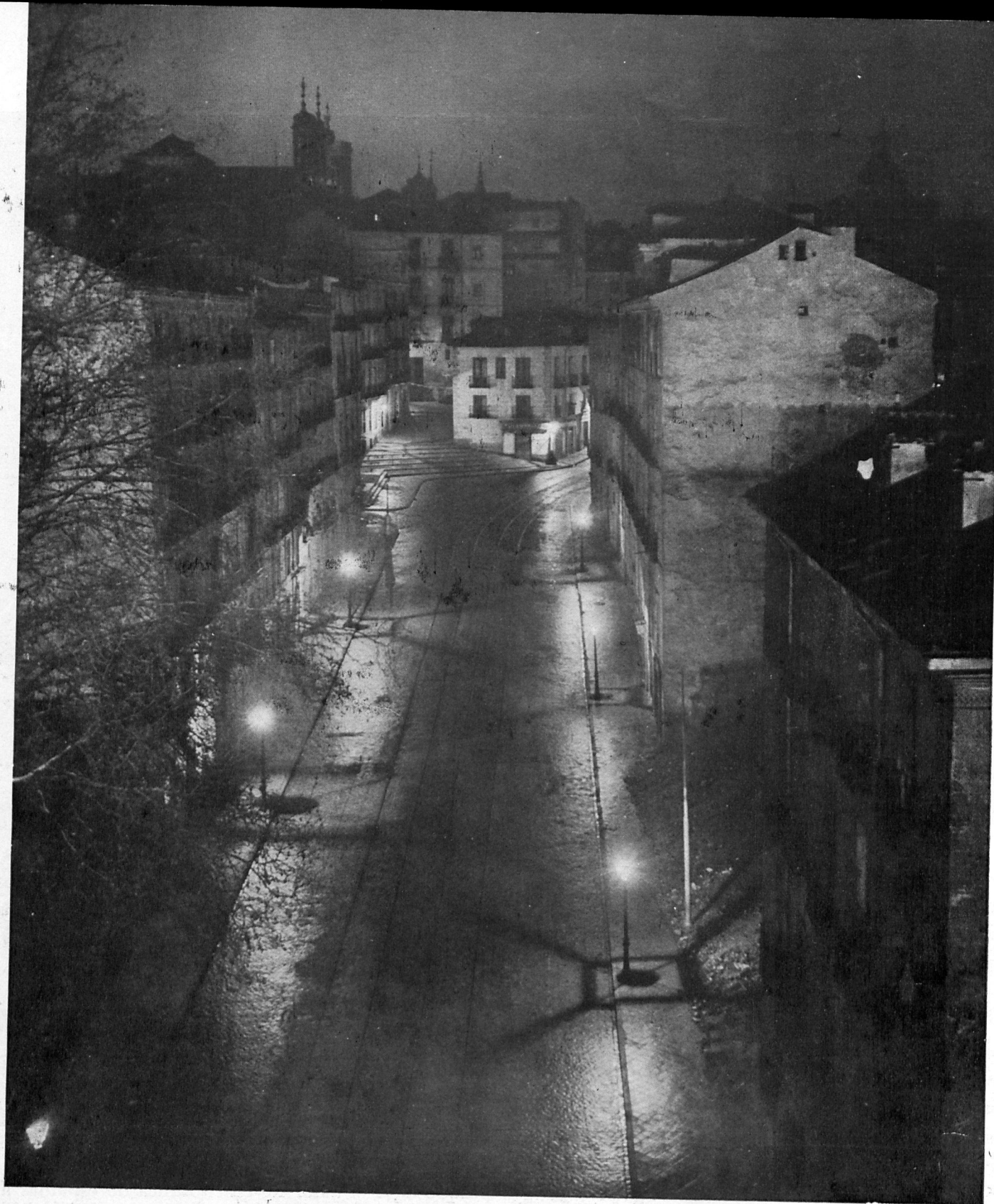
En la noche, las Iglesias cierran sus puertas con reja; sus puertas donde el milagro parece guardarse a base de forja y cerrojo largo, pesado y resistente. Pero quedan siempre las cúpulas, las veletas, que rematan cruces góticas, cruces de Santiago, colgadas del pecho del cielo. Las veletas giran en un viento suave, e Isidro levanta la cabeza para recibir la caricia de este viento, que trae ya la madrugada, con un poco de plata, como el vuelo de las palomas.

Pero lo que entra en las iglesias son las sombras primeras, que salen de las sombras; las sombras de las mujeres, que tienen sus penas y que van a lavarlas en el agua bendita de las pilas, donde se mojan los dedos tímidamente, -como si las asustase el escalofrío. Estas mujeres de Madrid tienen ya su corazón con luto, y por eso saben andar, tan calladamente, entre dos luces; diríase que huyesen de la claridad, porque sufrieron los estragos del tiempo. Por eso se encuentran agusto bajo las bóvedas encaladas; las bóvedas que asientan sobre columnas herrerianas, que aplastan los confesonarios, donde se hace íntimo el arrepentimiento. Están casi vacías las iglesias en esta última hora de Isidro, hora de rezo, antes de comenzar el duro trabajo de cada día. También la juventud acude a las iglesias, y se saluda, a la salida, y se marcha, cogida del brazo,



porque aquí el amor no entró nunca de espaldas a la sacristía. Isidro ve cómo las mujeres suben despacio las cuestas; las cuestas donde se perniquebran los ciegos y donde el agua de la lluvia miente pequeños afluentes a ese río pequeño que es el Manzanares. La juventud no; la juventud va de prisa, porque el motor del corazón siempre ignoró las pendientes.

La luz de Madrid —la luz fría que amaba Baroja, y que buscaba en una Busca mucho más romántica de lo que él mismo se creía— roba los colores



e iguala la amanecida. Madrid, bajo su luz primera, tiene algo de ceniza, de miércoles arrepentido, y parece que cierra el carnaval del día, cuando todo es luz y jolgorio en la ciudad, y el de la noche, cuando la Gran Vía se enciende y se apaga, como guiñándonos el ojo pícaro de la diversión.

Por las Cavas, Isidro se va a la plaza; a una

plaza labradora, la plaza de la Paja. Allí vivió el Santo entre calor de caballerías. Cuando la aurora ha desteñido ya el paisaje, Isidro toma agua del pozo del milagro para despejarse de tanto trasnochár.

F O T O S L O R E N

DOLOR Y ESPERANZA DE LA CAPILLA DE SAN ISIDRO

RUINAS EN EL CORAZON DE LA VILLA

Por VICENTE CARREDANO

No hay nada que posea un acento tan de muerte como las ruinas. Ni el olor de un quirófano, ni la soledad del camposanto. Esas ruinas agrias, recientes y esqueléticas de las cosas que tuvieron grandeza.

La ciudad ha quedado atrás. Más atrás aún, la gran ciudad. Andamos por el corazón remoto, palpitante y dulcísimo de la Villa. Ese corazón escondido entre calles esquinadas, travesías, plazas y plazuelas. Caminamos por el barrio de la Morería. Aquí, las calles se llaman Don Pedro, Mancebos, Costanilla de San Andrés, las Cavas, y las plazas San Andrés, Humilladero, los Carros (que me perdone don Julio Romero de Torres, pero prefiero llamarla así), Puerta de Moros, y, bajando

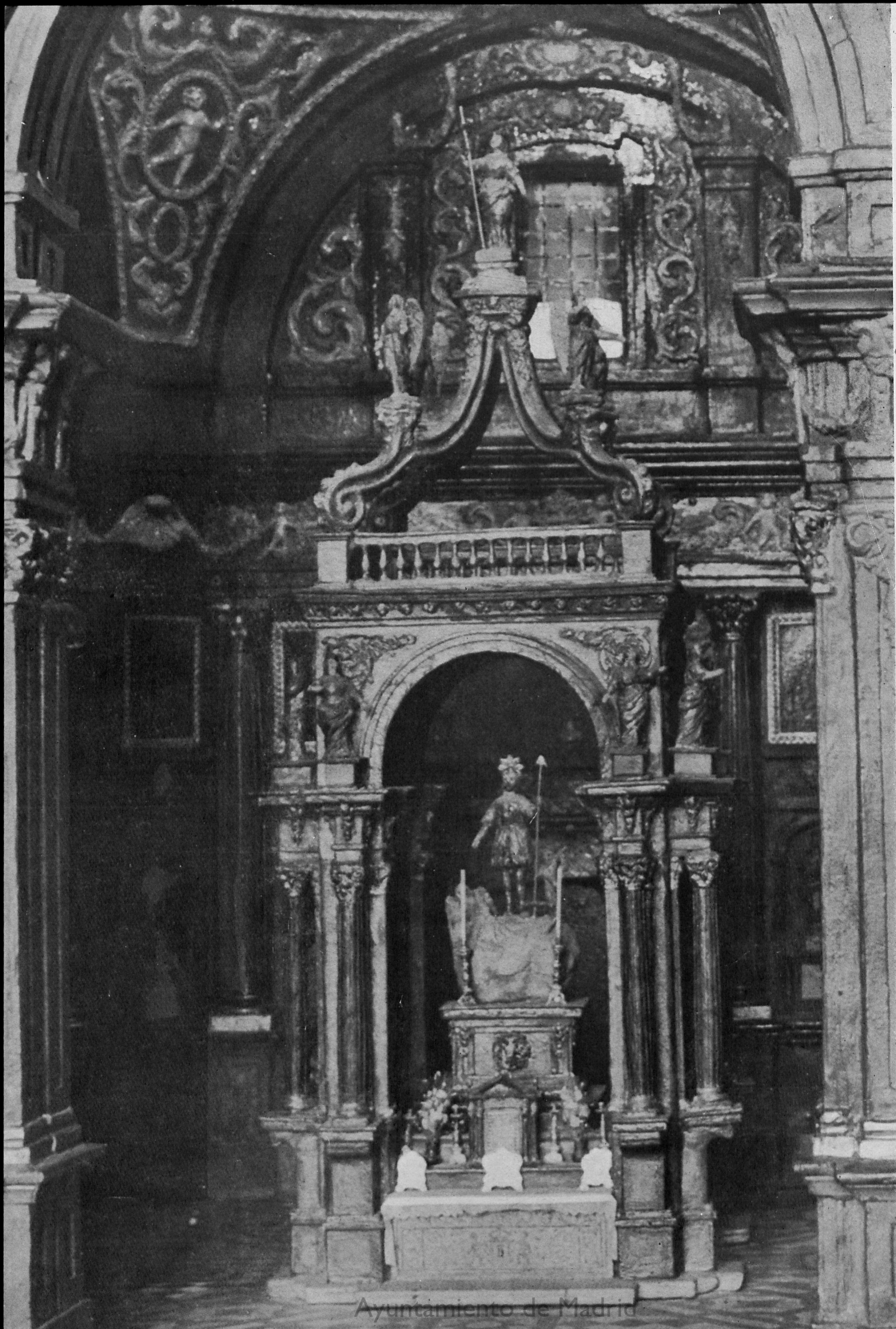
hacia la calle de Segovia, los verdes árboles y el césped recién estrenado de la plaza de la Paja (ahora el que me tiene que perdonar es el Marqués de Comillas). Pues

bien, en este corazón caliente, recóndito y silencioso de la Villa de Madrid existen unas ruinas que entristecen, por ser de lo que fueron y estar donde están: la parroquia de San Andrés y su capilla, consagrada a San Isidro. Es cierto que para encontrar estas ruinas hay que buscarlas; por fuera, los altos muros, sus barrocas cornisas, las puertas y la cúpula, se muestran intactas. Tan sólo los huecos sin vidrieras, por donde entran y salen los pájaros —que algún poeta triston cantaría— presagian lo que dentro vamos a encontrar: desolación, escombros.

Eso es lo que queda de la iglesia más antigua de Madrid. Una parroquia de 25.000 feligreses, reducida hoy a la capilla del Obispo, erigida por Francisco de



Aunque desde la calle no se vean estas piedras desnudas...



Ayuntamiento de Madrid

Vargas. En ella hay un Cristo que algunos atribuyen a Alonso Cano, y un retablo, del que todos dicen, y el cronista con todos, que es uno de los más prodigiosos que se pueden contemplar por los viejos templos españoles. Don Gutierre de Vargas, segundón del fundador, por aquel entonces Obispo de Plasencia, restauró la capilla, se hizo construir en alabastro su propio sepulcro y la dió nombre para siempre.

Salgo de la capilla del Obispo con el párroco, don

Crescencio Gutiérrez; me va contando que, aunque muy bella, es pequeña para parroquia, y que además, este barrio antiquísimo y señorial, anhela que esas paredes de San Andrés vuelvan a guardar la liturgia y el fervor. El cronista, aunque no es del barrio, está muy de acuerdo con el señor cura en que estas ruinas sonrojan a quien las visita. No debe quedar en estercolero lo que fué la primera tumba de San Isidro. El Santo vivió y murió en la casa contigua

Las fotografías de estas páginas representan, bien a las claras, el anverso y el reverso de la Parroquia de San Andrés. A la izquierda, un ayer esplendoroso y devoto. A la derecha, la triste desolación de hoy.

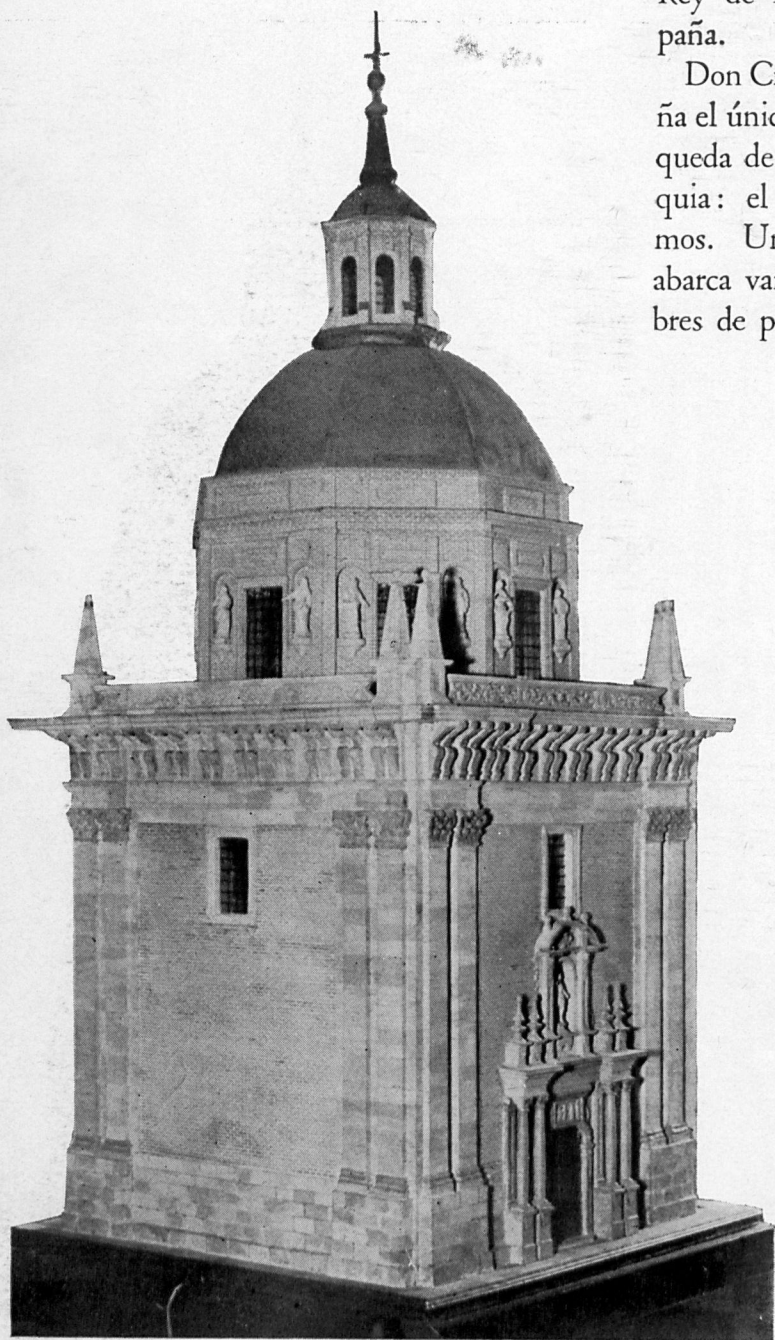


—propiedad actual de los marqueses de Peñafuente—, donde aún perdura el pozo del milagro, aquel en que según cuenta la historia, sus aguas subieron hasta el brocal, evitando que se ahogara un hijo del Patrón Labrador y de su esposa, Santa María de la Cabeza. Sí, ya sé que él es un Santo tan santo, que no va a enfadarse por estas cosas, que sólo son olvidos de los hombres. Pero no le puede gustar que su antiguo sepulcro siga de esta manera. También sé que los doce millones de reales gastados en la construcción del templo a mediados del siglo XVII no pueden

—en su equivalencia— gastarse hoy. Sin embargo, pienso que si entonces fué levantada gracias a las aportaciones de Felipe IV, Carlos II, los Virreyes del Perú y el Concejo de la Villa, que dió 8.000 ducados de «lo percibido de la sisa del carbón y del vino y otras entradas», bien pueden hoy los organismos estatales y el propio Concejo arrostrar la reconstrucción de la iglesia, de la que

un día salió en procesión, portando el palio, el más Rey de los Reyes de España.

Don Crescencio me enseña el único documento que queda de la antigua parroquia: el Libro de Bautismos. Una nómina que abarca varios siglos. Hom-
bres de pro, apellidos ilus-

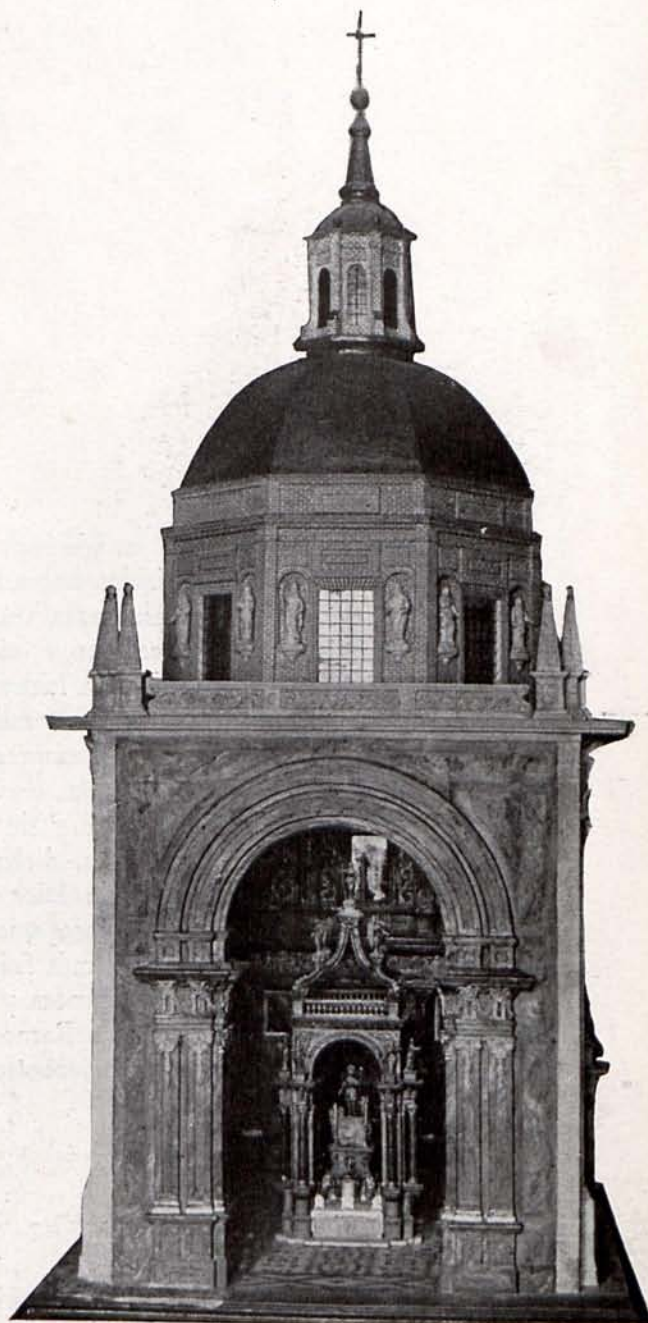


Las fotos laterales reproducen unas maquetas de gran luminosa esperanza, que deseamos nos hagan al.



tres; otros, que fueron artesanos, que ejercieron la industria o el comercio. Es emocionante contemplarlo. Parece como si este buen párroco con un poco de picardía me le mostrara para convencerme del todo de lo que yo ya estaba convencido. Es como si, a sus razonados argumentos, no sólo se unieran los feligreses vivos de esta parroquia, sino también los feligreses muertos. Esos nombres, uno detrás de otro, representan una inmensa instancia de súplica. Y las firmas de los muertos mandan mucho. Sí, definitivamente, en este asunto de la parroquia de San Andrés, don Crescencio, sus feligreses vivos y sus feligreses muertos, tienen razón. Hay que levantar de nuevo la iglesia.

Me despido del animoso párroco; creo que se queda soñando en el futuro de San Andrés. Abandono las ruinas; me alejo del corazón de la Villa. La primavera solea plazas y plazuelas. Y no sé si por la tibieza del día o porque uno es así, llevo en los ojos y en el alma la esperanza de que si en el año 36 la capilla del Obispo fué salva-
da de las llamas por el miedo —si hubiera ardi-
do, el barrio entero se
habría quemado—, la pa-
rroquia de San Andrés,
con su capilla de San Isi-
dro, será elevada ahora por
el amor.



...uran en el Museo Municipal: dos faros de
...ar pronto el doloroso presente de la fotografía
...al.
c

No arraigó tan sólo en Madrid, ni se detiene ciertamente en límites provinciales, la tradicional devoción a San Isidro Labrador. Lejos de la capital se encuentra la heredad donde escuché, de niño, estas palabras a una campesina, que alentaba a sus hijos: «Arad, arad, que también San Isidro aró, y está en el cielo.»

El gran encanto de San Isidro reside en aquel espíritu humilde que le hacía desconocer su propia santidad. A menos que pretendiera ponerla al alcance de cualquier mortal, demostrando que no son indispensables las grandes empresas, los rasgos sublimes y heroicos; que también la infinita bondad, la paciencia, la fe sencilla, encuentran su premio en los altares.


Todo cuanto del Santo y de su bienaventurada esposa se refiere es particularmente conmovedor: Isidro, despierto al alba, diciendo a los pájaros, a la vez que les reparte el grano: «Tomad, tomad, avecillas, que cuando Dios amanece, amanece para todos.»

Y aquel modo milagroso que tenía Santa María de la Cabeza de atravesar el río, en pie, sobre su mantilla. ¿Cabe una más frágil e inefable embarcación?

¿Cómo era aquella hermosa y dilatada orilla cuando la conocieron y cantaron los vates madrileños, desde Lope de Vega a Ramón de la Cruz?

Don Antonio de Trueba, acostumbrado a la exuberante vegetación de su tierra vizcaína, se la-

Santo!



menta, en 1878, de la aridez de aquellos parajes, cuando describe el modesto puente, ha poco desaparecido, y el vallecito de Luche, «relativamente ameno y frondoso», que desembocaba frente a las huertas de los Apolinales, interpuestas entre el Manzanares y el camino que corre allende el río, desde el puente de Segovia al pontón de San Isidro. «La tierra que materialmente holló con su planta y labró con su azada el bendito labrador, casi no existe ya, y habrá dejado completamente de existir dentro de poco tiempo, porque los desmontes utilitarios están allí a la orden del día.»

¿Qué diría don Antonio de Trueba en nuestros días?

* * *

Sigue celebrándose cada año, en pleno mayo, la romería en la pradera, con la misma alegría de antaño, sí, pero con menos color. Tal vez porque han desaparecido determinados tipos madrileños, muy característicos y pintorescos. Evoquemos el ambiente de la más madrileña de nuestras fiestas populares en el último período del siglo pasado, y aún en los primeros años del actual.

Sobre el pórtico de la ermita se levanta la espadaña, y en medio una hornacina ocupada por la efigie del Santo. ¡Pobre imagen, expuesta en ocasiones a reacciones hostiles de vendedores e in-



dustriales, cuando la lluvia y el mal tiempo «aguan la fiesta» y, por ende, les perjudica! Piensan que el Santo no se ha portado bien, que no les ayuda, como es su obligación; que no intercede bastante para que el Supremo Hacedor disipe las nubes, calme el viento y extinga el chaparrón. Falta de conformidad, meneguado respeto a inmutables designios. Interesado fervor el que les inspira San Isidro. Tal vez no fueran tan exigentes si se tratara de la divinidad o de otro santo cualquiera. Pero éste vivió allí, en aquellos parajes, en contacto con la tierra. Fué labrador, y es tan madrileño, tan «suyo»...

Más de una vez ha sido menester que los agentes de la autoridad pongan coto al impulso agresivo de tan levantiscos vendedores.

Pienso en un San Roque, que se venera en cierto pueblo de Castilla. Que se venera... hasta cierto punto. Según que la vendimia haya sido buena o mala, ofrecen a este santo uvas maduras... o verdes.

Se debe la fundación de la ermita de San Isidro a la Emperatriz Isabel (esposa de Carlos V), quien la llevó a cabo por haber recobrado la salud el príncipe don Felipe, bebiendo el agua milagrosa.

Desde fecha remota se celebra la romería tradicional. En los terrenos que fueron propiedad de Iván de Vargas y labrados por San Isidro con ayuda de los ángeles, pasa la bota de vino y el blanco de Ye-

pes de mano en mano. Tufillo de cordero asado y de especiados caracoles. Suenan sin descanso guitarras y organillos, bandurrias, panderetas y castañuelas, cohetes y petardos, y este rumor tumultuoso se confunde con el zumbido frecuente y atronador de las campañas a vuelo.

Merenderos hechos de percalina, latas y esteras con rótulos pintorescos: «Vinos y comidas del Raton». «Conejos y pollos guisados, a dos cincuenta». «Merendero del Pintor».

Puestos de botijos del Santo. Son de barro, de todos los colores y hechuras, desde el ánfora romana hasta la morisca jarra de La Rambla. Toda familia madrileña que se respeta ha de adquirir uno de estos botijos. Es tradición que el Santo se afanó en descubrir pozos de agua potable, que, por sus virtudes, sana las calenturas y otras dolencias.

Y de aquí, sin duda, nació la devota costumbre de regresar a la villa trayendo un botijo lleno de agua de la fuente adosada a la ermita y que abrió Isidro dando un golpe con la guijada en la peña.

Rosquillas de la verdadera tía Javiera: «¡De yema sola!»

En diversos puestos, grotescas cabezas de cartón.

—¡Llévelas usted! ¡Cabezas! ¡A diez céntimos una!

—Son caras.

—Tiene usted razón. Algunas valen menos.

Los ruidos callejeros, los pregones de la Puerta del Sol, la bullanga de las Ventas, todo lo que es jaleo, algazara y barullo, se concentra en la pradera. Cantarillos de leche de las Navas, para remojar la rosquilla; pirámides de dulces y bollos de Fuenlabrada; pitos de cristal con su gruesa ampolla y su flor de trapo. La frase oportuna, el comentario agudo del madrileño zumbón y la sonrisa del «isidro» boquiabierto, a quien todo asombra, desconcierta y regocija. Acuden los «isidros» desde principios de mayo, cual mosca a la miel, sugestionados por la musa popular, que se ha encargado de hacer a la Villa y Corte —sin necesidad de carteles ni de oficinas, que de eso nada se entiende todavía— la mejor de las propagandas. «Desde Madrid al cielo, y desde allí, una ventana para verlo.»

Quien no ha visto en tarde de toros
nuestra calle de Alcalá,
aunque dé la vuelta al mundo,
de fijo no la verá.

Cae la tarde, y los romeros emprenden el regreso. Allí, sobre un cielo rojizo, se recortan los cipreses funerarios. Contraste del jolgorio y la alegría que raya en frenesí con el recinto de la eterna quietud y el definitivo silencio. Allá, la Cuesta de la Vega, el Campo

del Moro, la Montaña del Príncipe Pío; Madrid...

En los últimos límites del horizonte, las cumbres nevadas del Guadarrama.

La humilde moradora del Rastro, calle de Toledo, Maravillas y Avapiés se codea con la dama linajuda; el menestral con el dandy; el majo arrogante corteja a la manola sandunguera. Larga fila de carruajes retorna a la ciudad; el ligero charabán, la tartana de origen valenciano, la pesada galera, la saltarina calesa, la aristocrática carretela, que tiene algo de góndola veneciana... Relinchos, chasquidos de tralla. Piropos y requiebros. Duras interjecciones y el apóstrofe de caleseros y mayores: «¡Morena!»... «¡Salerosa!»... «¡Mohino!»... «¡Gitano!».

Rostros sudorosos. Polvareda. Los romeros, ebrios de sana alegría.

Cuando no de peleón, cantan durante el trayecto, al compás de guitarrillas, malagueñas, seguidillas y jotas, acabando con el popular estribillo:

De San Isidro vengo
y he merendado;
más de cuatro quisieran
lo que ha sobrao.

A G U S T Í N D E F I G U E R O A

Marqués de Santo Floro



La

MADRID —tan adelantado y jubiloso hoy, con aires de modernización y de gran ciudad— tiene su historia y su leyenda, que con el tiempo se ha enriquecido y cobrado tradicional prestigio. Sus rincones y lugares históricos, de afamados recuerdos, son el mejor testimonio de que tiene sus raíces bien prendidas en un pasado glorioso.

Madrid es una ciudad con aureola y blasón, bien defendida y bien cantada en crónicas y romanceros, en historias y papas antiguos de sabroso decir y memorables efemérides. A sus muchas e ilustres glorias, en las armas y en las letras, en la erudición y el arte, antepone, con buen estilo de cristiano viejo, la gloria inmarcesible de sus Santos, que ha sabido honrar siempre con fervoroso culto y devoción popular. Que, al fin y a la postre, eso de la santidad es lo que cuenta y pesa para salvar esta aventura del vivir.

Madrid, villa y corte, capital de las Españas, que ha sido teatro de hechos insignes y que jamás ha desmentido su fama de caballerosidad, cuenta como la mayor de sus glorias, la más pura y celebrada, a San Isidro Labrador y a Santa María de la Cabeza que, si unidos anduvieron en vida bajo la coyunda matrimonial, unidos siguen el honor de los altares y en la devoción continuada de los fieles. Sin la sombra benéfica de la presencia de San Isidro y de Santa María, que ejercen su patronazgo sobrenatural y su tutela bien manifiesta sobre la Corte de las Españas, quedaría Madrid privado del capítulo más bello de su historia. Así lo reconoce y testifica don Pedro Calderón de la Barca en los versos laudatorios con que celebró la canonización de San Isidro, en los que aseguraba que Madrid

No tendrá glorias mayores
que cuando en las manos bellas
de angélicos labradores,
eran sus flores estrellas,
los rayos del sol sus flores.
Madrid, aunque tu valor
reyes le están aumentando,
nunca fué mayor que cuando
tuviste tal labrador.

Santa Labrador

De San Isidro Labrador es bien conocida la historia, florida de milagros y cumplidamente celebrada por el ingenio inagotable de Lope de Vega, que pone en boca de San Isidro verdaderos primores:

Alaben al Señor mío
los campos vertiendo flores;
frutas, las plantas mayores,
peces el ameno río,
rojos trigos el estío
verdes, el nevado invierno;
todo alabe su gobierno,
su hermosura, su grandeza,
e Isidro con su rudeza
alabe su nombre eterno.

Y, como un consumado retórico, por obra y gracia de Lope de Vega, sigue San Isidro extasiado cantando a su Criador:

Ayudadme, dulces aves,
abrid los cogollos, flores,
y desos varios colores
formaréis lenguas suaves:
que las retóricas graves
son para Dios ignorancias,
porque en tan altas distancias
de hombre a Dios, los corazones
hallan en puras razones
las mayores elegancias.
¡Ay, Dios! ¡Quién os alabara
con tan puro corazón,
que el vuestro en esta ocasión
dulcemente penetrara!
¡Y quién, Señor, os amara
de suerte, que todo el pecho
tuviera en fuego deshecho!
Porque dice el corazón
que para vuestra afición
le viniera el mundo estrecho.

Nada hay de extraordinario en la vida ejemplar de los santos patronos de Madrid sino es la fidelidad al deber y el espíritu de trabajo y de oración. El milagro se produce en estas vidas humildes con la sencillez de lo divino. Todo es posible a quien se entrega en plena dedicación a Dios de por vida. Ahí radica el secreto de la santidad. El deber, el trabajo, la oración, explican suficientemente el misterio de aquellas vidas, que se desenvolvieron con los recursos más elementales dentro de una atmósfera sobrenatural. Gregorio de Argáiz, en un difuso y

confuso mamotreto, titulado *La soledad y el campo laureados por San Isidro*, se esforzó vanamente en historiar cosas y casos extraños, relativos a la vida de San Isidro. Pero lo que logra es desfigurar al Santo y a la que fué su esposa santa, a fuerza de exageraciones, vaguedades y fantasías. Basta saber que el lema de aquellas vidas, consagradas al campo y la labranza, fué el evangélico *Ora et labora*, realizado con plena conciencia de su misión, para que queden engrandecidas ante nuestra mirada, porque supieron santificarse en el estado humilde, menos propicio aparentemente a las maravillas de la santidad.

Santa María de la Cabeza, esposa del labrador feliz, se nos queda un poco como a desmano, como recibiendo la irradiación de la luz que fulge de la figura de San Isidro. Poco sabemos de ella, pero sí lo suficiente para penetrar en el secreto de aquella vida, vinculada a la del santo labrador, por la asistencia en el hogar y en las rudas faenas campesinas. Torrelaguna, la villa insigne, fué escenario, durante algunos años, de las humildes actividades del matrimonio ejemplar. No hubo hogar más aseado y pacífico, más piadoso y sumiso a los designios del Señor, que el hogar de Isidro y de María Toribia, que era el verdadero nombre de la esposa. El hogar fué un vergel de virtudes recatadas. Mientras Isidro se dedicaba a la faena de labrar la heredad de las tierras arrendadas, María ora, atiende a las tareas domésticas, le alivia al Santo en sus trabajos y adversidades cuando el año viene mal de recolección porque la tormenta enemiga castigó los sembrados. Ella sabe sobrellevar con acendrada piedad las contingencias penosas de la pobreza, de la necesidad, de los duros tratos de los dueños avarientos, que sólo procuran satisfacer su egoísmo.

Santa María de la Cabeza es devotísima de la Santísima Virgen: a Ella se confía en sus penas y quebrantos. Y la Señora la atiende en sus ruegos y deprecaciones. El milagro aureola de gracia la vida de la sierva de Dios. Bien saben las aguas em-

bravecidas del Jarama, en pleno invierno, de cómo Nuestra Señora llevó sobre la corriente a María Toribia para que no faltara el aceite en el altar de la Virgen que se veneraba en la humilde ermita de Caraquiz.

Cuando Isidro y María deciden radicarse en Madrid, una vez desaparecido el peligro de la amenaza agarena, continúan en su tenor de vida, humilde y silenciosa, de trabajo y de oración. Dios les ha regalado con el fruto de un hijo, que es para ellos como una suprema recompensa. Y es Dios y la Señora los que devuelven el hijo íleso, cuando lo creían definitivamente perdido en las aguas profundas del pozo en que cayera el niño.

La calumnia y la malignidad pusieron su cerco de sombras en la vida recatada de la Santa, cabalmente cuando más entregada andaba al culto y devoción de Nuestra Señora de la Piedad, muy venerada en la ermita de Caraquiz. Supo de ese modo sufrir persecución por la justicia, y fué Nuestra Señora la fiadora de la honestidad integérrima de la devota mujer de Torreaguna, que edificaba a todos con su ejemplaridad de vida.

Cuando, colmado de días y de merecimientos, rinde San Isidro su tributo a la muerte el 10 de mayo de 1170, la bendita esposa del labrador más celebrado intensificó su vida de rezos y penitencias, de humildad y de pobreza. Convertida en santera de la Virgen de Caraquiz, va de pueblo en pueblo, pidiendo limosna para atender al culto de la Señora y hermosear su santuario. Bien la recompensó la Virgen su piedad y su celo disponiendo que su tránsito ocurriera el día de la Natividad de Nuestra Señora. Sus restos mortales descansaron en la ermita de la Virgen de la Piedad. Pasados varios siglos, la cabeza de la Santa quedó en el altar mayor de la ermita, y el resto se conservó como una preciada reliquia en Torrelaguna.

P. FÉLIX GARCÍA
FOTO: L. OYGORR

SAN ISIDRO EN LA PINTURA DE ALONSO CANO

«EL MILAGRO DEL POZO»

Por MANUEL SANCHEZ-CAMARGO

EN ese bello libro que se llama *El Parnaso Español, Pintoresco, Laureado*, que guarda la vida de los pintores y estatuarios eminentes que «con sus heroicas obras han ilustrado la Nación...», «graduados según la serie de el tiempo en que cada uno floreció: para eternizar la memoria que tan justamente vincularon en la posteridad tan sublimes y remontados espíritus» y que escribió el buen pintor Palomino en la ciudad de Madrid y en el año de gracia de 1714, se puede leer refiriendo las andanzas del pintor Alonso Cano: «No era melindroso nuestro Cano en valerse de las estampillas más inútiles aunque fuesen de unas coplas; porque quitando y añadiendo, tomaba de allí ocasión para formar conceptos maravillosos, y motejándole esto algunos pintores por cosa indigna de un inventor eminente, respondía: «Hagan ellos otro tanto, que yo se lo perdono.» Y añade el buen Palomino, sincero admirador del pintor: «Y tenía razón porque esto no era hurtar, sino tomar ocasión; pues, por último, lo que él hacía ya no era lo que había visto...»

Si algún Santo ha merecido del arte popular una constante predilección, este ha sido San Isidro Labrador, cuya sencilla efigie se ha repetido en aleluyas, estampillas y en los viejos «papeles» con una profusión que indica la preferencia que por él sentía el pueblo, el cual siempre vió en la advocación del Santo a su más genuino representante. Por tanto, no

es de extrañar que el alto ingenio de Alonso Cano se inspirase en las estampillas populares para la realización de un lienzo que habría de tener una aceptación popular. Acaso Alonso Cano, en sus diferentes facetas como imaginero, retablista y pintor, sea uno de los artistas que más hayan llegado al alma popular. Zurbarán es otro pintor cuya inspiración nace, se desarrolla y se destina al pueblo, y es de ahí el favor del cual gozaron en su tiempo, y la ingenuidad, frescura y lozanía que todavía conservan sus composiciones, cuyo artificio tiene un origen natural y humano no pasado por fórmulas, aforismos e influencias extrañas.

«El milagro del pozo» es una muestra excelente de esa inspiración popular de Alonso Cano. Mide el lienzo 2,16 por 1,49 y en él aparece

la figura del Santo a la izquierda, el pozo, de donde acaba de salir el niño salvado; su madre, dos mujeres más y dos niños. La escena tiene todos los atractivos de una estampilla de la época pasada por la sabiduría y buena inteligencia del artista, quien eligió el tema sabiendo lo que del mismo gustaba la gente que todavía se hacía lenguas de las virtudes del Santo, que le permitieron, por gracia divina, realizar el milagro de extraer, del fondo de un pozo haciendo subir las aguas, al pequeño infante, que su madre y los vecinos daban ya por perdido.

Existe en la pintura de Alonso Cano ese signo popular que hermana perfectamente con la representación de San Isidro. A los españoles atrae la sencilla santidad del servidor. Nos sentimos ante su memoria como ante una senda segura y firme; ante un

surco que conduce directamente a un cielo feliz. La humildad de bracero de San Isidro nos ayuda a una perfección espiritual, porque de su Vida se desprenden tres enseñanzas fundamentales: el amor a Dios, el amor al hogar y el amor a la tierra. Unidos los amores cantan igual acción de gracias, y agrada la oración, el mensaje simple del Santo. Su lenguaje debía alabar a Dios con las palabras más corrientes, recién nacidas al castellano, pero a la vez las más recias, que son siempre la de más honda raigambre popular. Y su oración tenía, como la gran finalidad, no la de pedir, sino la de dar gracias, como las dió luego profundamente, tras realizar el



Detalle del cuadro de Alonso Cano

milagro del pozo. Y entre los motivos de la gratitud del Santo estaba el de haberle concedido Dios la gracia de nacer y vivir en Madrid, en la noble casa de los Vargas, y estar cerca de los cielos azules y altos, de fino cristal. Por eso su rezo era feliz, mientras su músculo se distendía con el esfuerzo de la azada ante la tierra rebeide, luego surcada de camellones que brotaban como homenaje a su humano sudor. Y si Dios le envía los ángeles pudiera ser que fuera para no perder sílaba de sus ingenuos monólogos en el descanso. Lope de Vega, al referir la Vida del Patrono, debió pensar mucho en estos apartes del Santo. Eran el revés de la agitada existencia del Fénix, siempre tan atareado en su ir y venir por los vericuetos del Amor... San Isidro, en sus coloquios, teniendo como fondo los paisajes que, andando el tiempo, serían velazqueños, fué un precursor de la Mística. No olvidemos que esta «escondida ciencia» tuvo como altos representantes gente de humilde condición, desde San Juan a Santa Teresa, y San Isidro, en su sencillez de expresión, y en lo hondo del concepto se une a las figuras cumbres de la mística. Tal nos lo figuramos y tal se nos presenta en el cuadro de Alonso Cano, que fué un español típico de la Edad de Oro.

Como consecuencia del amor a Dios del Santo se nos ofrece el amor al hogar, a sus vecinos, a los que acude presto para ayudarles en sus menesteres y fatigas de cada día. Curioso sería revivir la plática en torno a la lumbre después de cumplida la jornada que tuvieran Isidro y María... No nos puede sorprender demasiado el milagro que Dios hace por su mediación para que el hijo de ambos retorne a la vida, cuando ya perdido le suben y suben las aguas hasta el brocal. El pequeño aprendiz de náufrago vuelve la felicidad al hogar humilde que clamaba por su muerte. Y Dios devuelve al Santo el rapaz travieso. Acaso esta vez fué la única ocasión en la cual Isidro se atrevió a pedir algo. Obtuvo el premio. El hijo retornó la alegría al hogar humilde, y volvió a entretener los ocios de su pequeña vida jugando con los instrumentos del buen trabajo del padre, vigilado por la mirada materna mientras se espera la vuelta del santo pegujalero que se adivinaba a iguales horas, cerca de los bellos crepúsculos violetas, verdes, morados, que se marchaban por



"El milagro del pozo", por Alonso Cano.

las altas cresterías del Guadarrama. El Santo en el hogar, junto a María y al hijo rescatado del pozo, cuenta su vida fecunda, de abridor de manantiales con su aguijada, y de cómo el agua cristalina, riente y fresca se pierde en manchas por la tierra parda pregonando el milagro...

El cuadro de Alonso resume el favor que Dios dispensó al alma pura de San Isidro. Con el milagro premió la sinceridad de los amores de Isidro, que son fecunda semilla, y los días duros cuando se figura se inclina sobre la gleba, mientras una oración muy queda y muy simple se eleva por el confesonario de los aires hacia el Cielo. El rezo y el trabajo dieron granadas espigas para sus paisanos que, siempre algo incrédulos, necesitaban el milagro para que la figura de Isidro tomara las proporciones a que le había hecho acreedor su comportamiento espiritual.



SAN ISIDRO EN EL TEATRO ESPAÑOL

Por
NICOLAS
GONZALEZ
RUIZ

AUNQUE la devoción a San Isidro Labrador no es exclusiva del pueblo de Madrid y se encuentran rastros populares y literarios en diversos lugares de España (recientemente pudimos comprobar la existencia de una curiosa tradición devota sobre San Isidro, existente en Tremp, provincia de Lérida), es evidente que en nuestra capital ofrece más vivas y continuadas manifestaciones. Y en Madrid todo lo que significa algo en la vida y en el alma de la ciudad se asoma al teatro. Aun en los mismos días de hoy, cuando el teatro parece como si navegara arrasado y desarbolado por los huracanes del cine, se puede observar a Madrid a través de sus representaciones teatrales, y no hay en Madrid verdadera fiesta si en ella no participa el teatro.

No cabe en el breve espacio de que disponemos un estudio completo sobre la presencia de San Isidro Labrador en nuestra escena, pero sí algunas notas reveladoras y significativas que basten para que el lector se dé cuenta de la evolución que sigue esa presencia. Por lo común, el teatro sigue en esto una línea que señalaríamos como de dentro afuera, es decir, que se enfrenta ante todo con la figura del santo, su vida, sus milagros, para llevar de todo eso una visión directa al espectador, y luego va derivando hacia la pintura de las costumbres creadas en torno de la devoción a San Isidro. Se empieza en el drama religioso y se concluye en el sainete. De Lope de Vega a Carlos Arniches, pasando por don Ramón de la Cruz. Estos son los tres jalones de nuestro breve trabajo, sin que por eso nos privemos de una ojeada alrededor.

PRIMERO. LOPE.—Siempre que se habla de teatro español en cualquier sentido parece como si,

contradiendo todos los datos históricos de los que estamos en posesión, no tuviéramos más remedio que decir; En el principio era Lope de Vega, y él era nuestro teatro y nuestro teatro vivía por él. Pero si se trata de San Isidro, ¡qué devoción más ingenua, más gallarda y más española la de Lope al santo labrador! No es lugar aquí, por más viva que sea la tentación, de tratar de su gran poema *El Isidro*, prodigioso monumento, tallado en versos redondos, al patrón de Madrid. Tampoco es caso de referir con detalle el hecho tan significativo de aquel hombre, que ya sabemos quién era y lo que era, que cuando tiene un hijo con Marta de Nevaes no prescinde, cualquiera que sean las circunstancias —¡y qué circunstancias!—, de presentarle el niño a San Isidro. Al fin y al cabo la criatura era inocente y San Isidro tan bueno...

Pero Lope escribió para el teatro nada menos que tres comedias dedicadas a la vida de San Isidro y que forman, entre las tres, una escenificación de la entera existencia del santo: son *La niñez de San Isidro*, *La juventud de San Isidro* y *San Isidro, labrador de Madrid*. Este orden, cronológico y lógico, no es aquel en el que las comedias fueron escritas. La última es la primera y también la mejor. Cinco años antes de que se compusieran las otras dos, ya andaba impresa la que va citada en tercer lugar. El hecho no es tan raro como pueda pensarse, aunque dentro del «sistema» de trabajo de Lope quepa todo y nada pueda sorprender.

Lope, digan lo que quieran las genealogías, era un madrileño castizo. Como tal, era un devoto de San Isidro Labrador. Y entre las muchas comedias de vidas de santos a las que dió cima con aquella su fecundidad fabulosa, tenía que figurar la dedicada a San Isidro, y figuró: *San Isidro, labrador de Madrid*. Pero, ¿cómo explicar el estado de febril emoción y entusiasmo en el que Lope se vió, con Madrid entero, cuando en 1622 sobrevino el hecho solemne de la canonización de San Isidro? ¡Ah!, pero... ¿el *Isidro* no es de 1599? ¿La comedia aludida no estaba publicada en 1617? España y yo somos así. San Isidro no estaba aún canonizado y ya era San Isidro para los madrileños y para Lope. También tiene éste una comedia, más bien coloquio teatral, en defensa de la Inmaculada Concepción de María, y entonces no faltaban lustros, sino siglos, para que el dogma se publicase.

El hecho es que Lope, cuando se organizaron en Madrid los festejos para celebrar la canonización de San Isidro, estaba en el centro de todo, como una especie de supremo animador. Era el alma de la «comisión organizadora», que diríamos hoy. Se pensó, naturalmente, en dedicar al santo grandes representaciones teatrales, a base de dos comedias que le estuviesen especialmente dedicadas. «Quiso la Villa que fuesen más», escribe Lope en la *Relación de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la canonización de su bienaventurado hijo y patrón San Isidro*. Y suyas fueron. ¡Pues si que le costaba a él mucho escribirse dos comedias nada más! Así nacieron *La niñez de San Isidro* y *La juventud de San Isidro*, que completaban, con la anteriormente escrita y publicada, la gran trilogía dramática de Lope dedicada al patrón de Madrid.

APOSTILLA DE CALDERÓN.—La *Relación de las fiestas*..., a la que acabamos de aludir, se imprimió en la casa de la viuda de Alonso Marín, en Madrid, en el mismo año de 1622, año de la canonización de San Isidro. Con el relato minucioso de las fiestas, muy interesante desde el punto de vista teatral, puesto que se describen los tablados que se levantaron, los carros que se dispusieron y se menciona a los actores principales que tomaron parte en la representación, van incluidas las dos comedias de Lope; pero va también algo de alguien más, que también es alguien y algo representa en el teatro español: Calderón de la Barca.

Es idea fecunda que ha valido de mucho a poetas y autores dramáticos, y luego veremos alguna de sus consecuencias más recientes, la de los ángeles colaborando a las labores de San Isidro. De ahí nace esa suerte de parangón entre el cielo y Madrid que se ha hecho proverbial y que arranca de una imagen que espontáneamente se ofrece a la imaginación: los ángeles labran la tierra y San Isidro es labrador del cielo. Esa idea es la que le sirve a Calderón cuando escribe:

¿Quién más dichoso está, quién más ufano?
¿Con ángeles el suelo en este día,
o con un labrador, no más, el cielo?
Más gloria tiene el cielo soberano,
pues humildes dos ángeles envía
que pródigos, por él, labran el suelo:
tanto pudo tu celo,
tanto, Isidro, tu amor maravilloso,
tanto tus oraciones celestiales.
Por dos ángeles vales,
dos suplen tu descuido virtuoso,
y pues de flores ves los campos llenos,
porque se aumenten más, trabaja menos.

El fragmento calderoniano es válido, sobre todo, por centrar de modo elocuentísimo este punto esencial de la devoción a San Isidro, que es el de la intervención de los ángeles, hecho que ha impresionado más vivamente que ninguno el alma popular y al que hay alusiones constantes, que van de la devoción a la irreverencia, en el teatro popular madrileño. Esa afirmación redonda de Calderón de que San Isidro vale por dos ángeles, descubre el especto más recóndito y envanecido —ingenuamente envanecido— de la admiración popular al santo. Es mucha categoría de santo la de este patrón madrileño que, por la fuerza de su virtud, consigue el favor del cielo de que los ángeles descenden a suplirle mientras él está sumido en contemplación celestial. Sobre ese binomio (ángeles-San Isidro) descansa la inspiración poética y dramática de las obras que del insigne varón piadoso se ocupan.

POR MADRILEÑO.—La evolución experimentada por la presencia de San Isidro en el teatro, a la que aludíamos al empezar, adquiere en el siglo XVIII su exacto rumbo que, puesto en la urgencia de decir las cosas brevemente y sin extensas argumentaciones, yo diría que se distingue en que la devoción a San Isidro, que origina un madrileño nacido de la posesión de santo tan excelso, nace a su vez, posteriormente, de ese madrileñismo. Primero, diríamos que Madrid es antesala del cielo por ser patria de San Isidro, y, después, San Isidro tiene que ser un santo de primer orden por ser nada menos que natural de Madrid.

Ha llegado el momento de que Madrid empiece a esponjarse, a sentirse grande, a buscarse una tradición, a adquirir la responsabilidad de capital de todas las Españas. En el teatro es casi lo único que le queda para hacer frente al relamido afrancesamiento de los literatos más distinguidos. El teatro nacional del s'glo XVIII, pese a la presencia de un Moratín, se llama don Ramón de la Cruz.



Y el gran sainetero, al quedarse sin jugo las raíces que alimentaron la espléndida producción teatral del Siglo de Oro, realiza el movimiento lógico de buscar la vida donde está. Se deja de imitaciones trasnochadas, sea exagerando la degeneración de nuestro gran teatro, sea tratando de imitar el teatro francés. Mira a su alrededor, ve la vida en torno y la reproduce.

En torno tiene a Madrid y, naturalmente, a Madrid con sus festejos de San Isidro. Ya no puede tentar al poeta la vida misma del santo, sino el propio festejo popular que se le tributa. La peregrinación a la ermita tiene su importancia innegable, pero donde la vida se agita y bulle es en la pradera en la cual se congrega el pueblo para disfrutar del día. Ya el santo está seguro en el cielo. Ya su devoción no necesita ningún género de propaganda. Y es un santo madrileño. La canción que se escucha en «La pradera de San Isidro», el famoso y celebrado sainete de don Ramón de la Cruz, nos lo dice todo. Canta Joaquín, acompañándose del panadero:

El señor San Isidro
nos ha enviado,
porque le celebremos,
un día claro.
Bien lo merece,
pues es paisano nuestro,
pese a quien pese.

San Isidro se lo merece todo porque es un santo de Madrid. Pese a quien pese, si hay quien sostenga lo contrario y quien se figure que los santos de otro lugar superan al nuestro. La frase «devoción popular» consta de dos miembros. En la primera fase, la presencia de San Isidro en el teatro es devoción ante todo; en segunda es popular, primeramente. En un caso, San Isidro llega a la escena, como si dijéramos, por la vía directa de la santidad, y en la segunda llega a través del pueblo. Lo que no quita, ni mucho menos, para que en la primera fase se encuentre mucho de popular y en la segunda haya mucho de devoto. El fenómeno no puede sorprendernos, pues responde a una evolución del teatro que hoy, cuando quiere ser religioso y aun teológico, no plantea los problemas de un modo directo, como los planteaba en un principio —llamaríamos a esto «teatro esencial»—, sino que los ve a través de la existencia humana, preocupaciones y costumbres de los hombres en concreto —y a esto llamaríamos «teatro existencial».



El Eliseo, baile de sociedad, con caballero y marineritos.



Pombo Angulo, preocupado; Escobar, tranquilo.

"LA GRAN VÍA" EN LA CORRALA

COMO todos los años La Corrala fué escenario de unas grandiosas representaciones en las que el género chico alcanza sus dimensiones de auténtico género grande. Desde «La Verbena de la Paloma» —con la que La Corrala comenzó a ser un popular y asombroso escenario— hasta la «Gran Vía» ha pasado tiempo y experiencia. Esta, sobre todo, ha permitido el montaje de una obra que ofrece dificultades ya en un escenario normal; cuanto más en éste,

Como en los tiempos del Teatro Felipe...

al aire libre, que no es otra cosa que un gran patio de vecindad, sin recursos ni medios. Pero la empresa valía la pena y se acometió con decisión. Y el resultado ha sido espléndido.

Jamás —ni en «La Verbena...» ni en la misma «Revoltosa», tan apropiada al ambiente— se ha producido unanimidad semejante en la alabanza. La crítica se entregó sin reservas a un espectáculo que calificó con los más encendidos adjetivos; el público acudió en masa. Gustavo Pérez Puig y Luis Escobar —artífices mágicos en esta «Gran Vía»— recogieron laureles por doquier. Y no sólo en Madrid, en las provincias más apartadas también, resonó el eco jubiloso de este éxito, tan madrileño, y, al tiempo, tan universal.

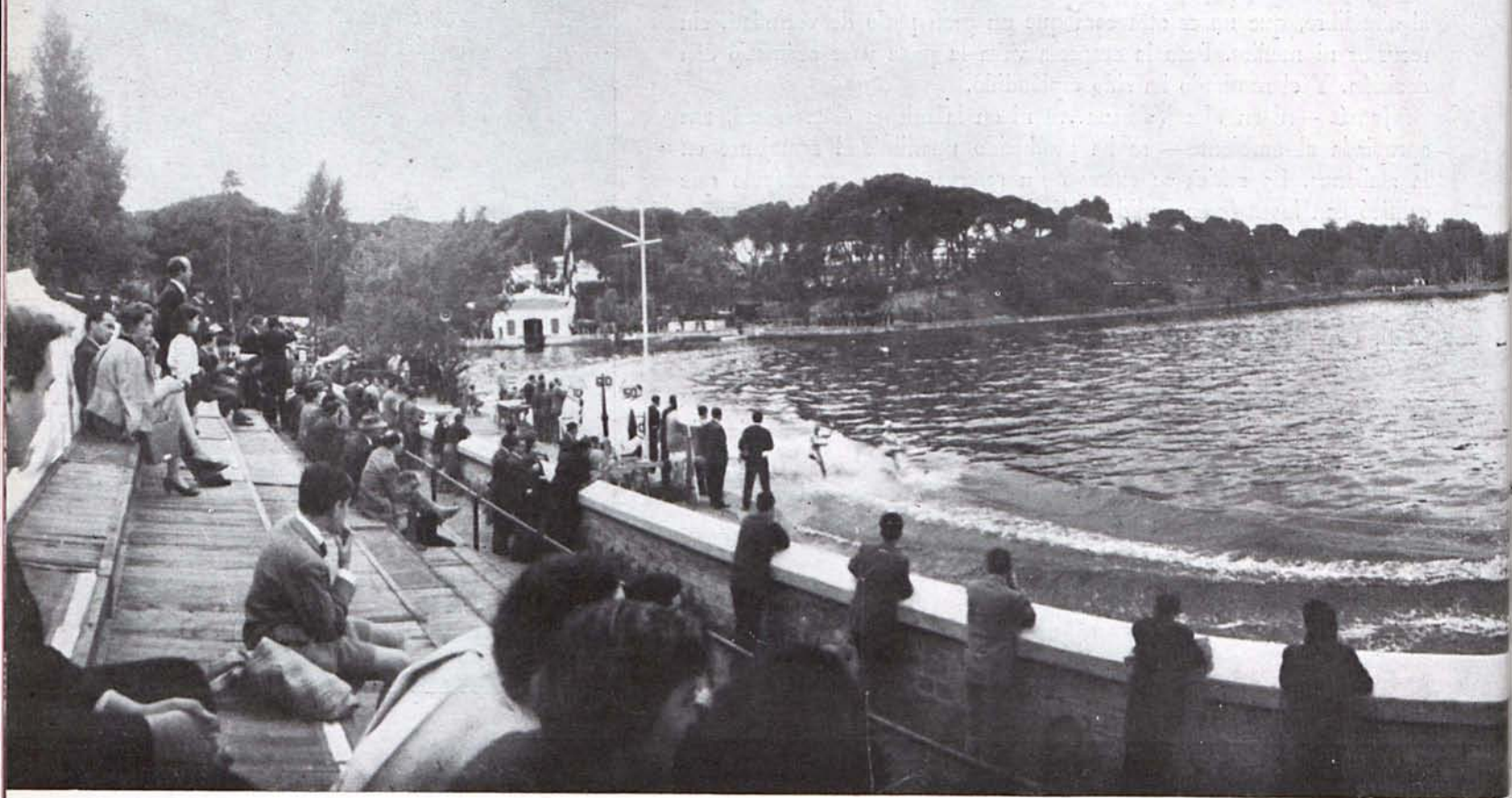
Ofrecemos aquí diversos aspectos de las representaciones. El Eliseo, el cartel del teatro Felipe, el «ballet» con las fuentes... y, en una esquina, tras los falsos bastidores de La Corrala, los nervios de antes del estreno.

Una vez más el Ayuntamiento ha cumplido, acertadamente, su misión. «La Gran Vía» ha dado, de nuevo, ritmo y alegría a Madrid. Como debe ser.



Las fuentes bailan; el agua acompaña la música.





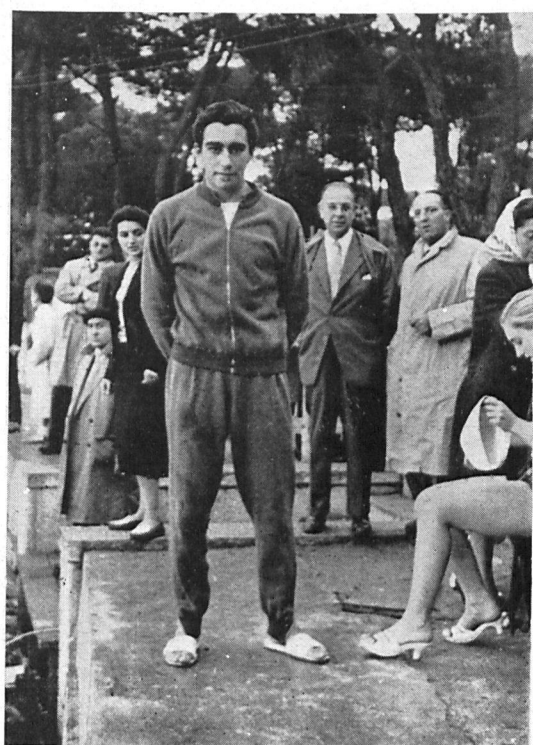
DEPORTE

COMO es natural, las Fiestas de San Isidro aparecieron especialmente nutridas en lo que a deportes se refiere. La política del Ayuntamiento —especialmente vigilante en este sentido— le ha permitido mostrar, como en un brillante resumen, la serie de actos que constituyeron la apoteosis deportiva de San Isidro. Aunque por su número resulte imposible hacer referencia de todos, publicamos aquí una selección que da idea bastante aproximada de la importancia de los diversos certámenes.

Señorita ganadora del concurso de esquí acuático



Componentes del equipo italiano de esquí acuático que tomaron parte en el I Campeonato Internacional que tuvo lugar en el lago de la Casa de Campo



Carreras de fuera-bordo. Equipo holandés que se clasificó en la primera eliminatoria

Distintos aspectos del lago de la Casa de Campo durante las competiciones de fuera-bordo esquí acuático celebradas





Entrenamientos para campeonatos de atletismo. Equipo de Barasa

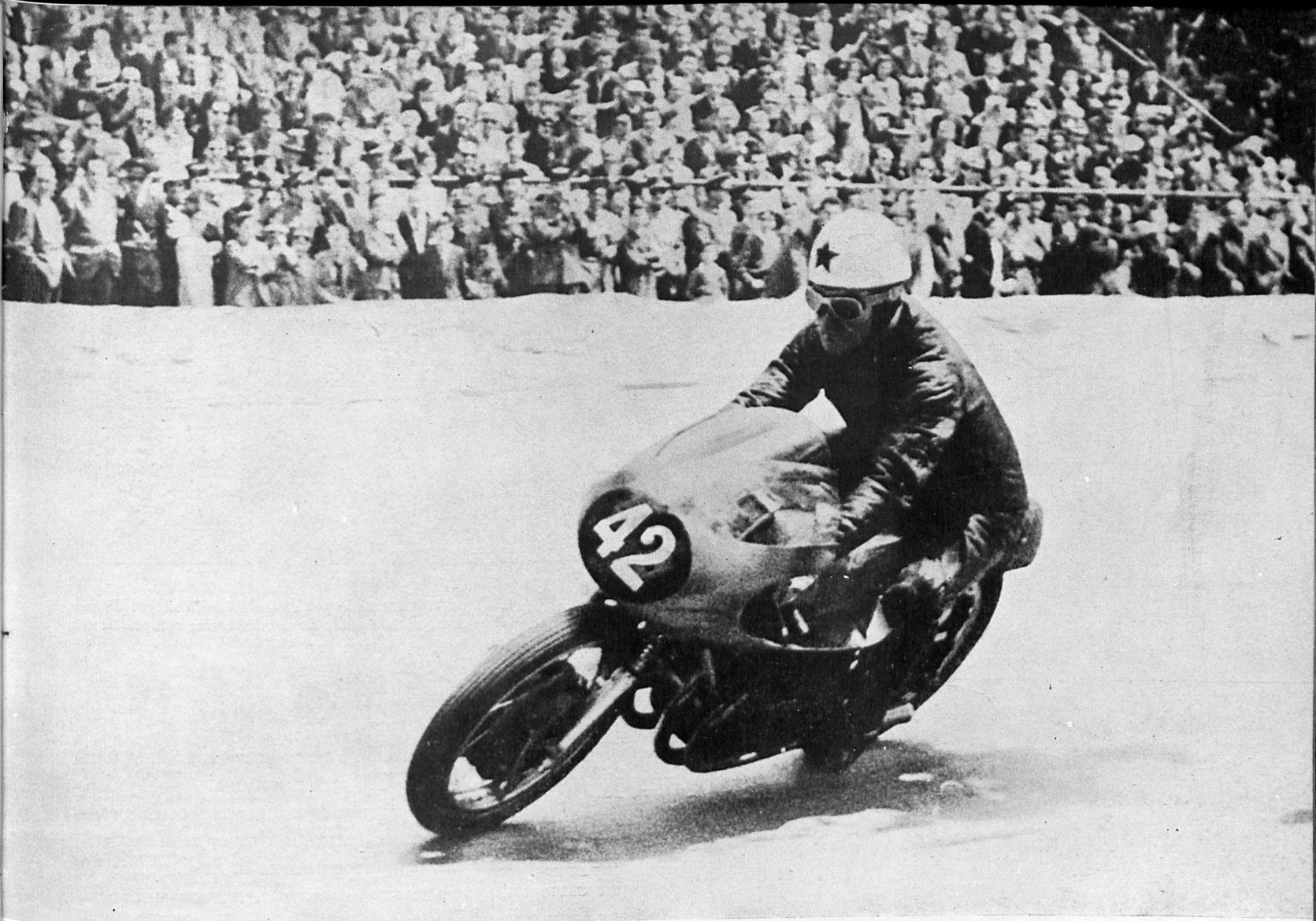


En las pistas de la Ciudad Universitaria los alumnos de las Escuelas Municipales desfilan en el festival atlético celebrado bajo el patronazgo del Ayuntamiento

El ganador de la prueba de motorismo recibe su trofeo

Un momento de la competición de ajedrez Madrid Lisboa - Barcelona, celebrada con motivo de las fiestas de San Isidro





Un momento de las carreras de motos celebradas en el Retiro, disputándose la copa del Ayuntamiento en el XIII Premio Internacional de Madrid

El Sr. Gutiérrez del Castillo hace entrega de la Copa del Ayuntamiento al ganador de los Campeonatos de Natación Escolar



PRIMER TORNEO DEPORTIVO ESCOLAR



El equipo presentado por el Colegio Municipal de San Ildefonso, desfila antes de comenzar las competiciones



Un momento del partido de baloncesto jugado entre alumnas del Internado Palacio Valdés

EL Centro de Orientación Pedagógica y Extensión Cultural (C. O. P. E. C.), perteneciente al Ayuntamiento de Madrid, ha organizado un torneo deportivo escolar, en el que han tomado parte los Grupos escolares municipales y los Internados dependientes de la Corporación, así como también algunos Grupos nacionales e Instituciones particulares. La fase final de la mencionada competición tuvo lugar el 23 de mayo último, en el Campo de Deportes de la Ciudad Universitaria. De su éxito puede juzgarse por el gran número de participantes y por las marcas obtenidas en las diversas pruebas, que pueden calificarse de verdaderamente estimables.

Aspecto de las pruebas deportivas de saltos de longitud en las que se consiguieron marcas muy apreciables



El señor Gutiérrez del Castillo hace entrega de un trofeo al capitán del equipo ganador del primer premio del campeonato deportivo escolar





Las fiestas rematan con la revolera de la corrida. La plaza, florida de ovaciones, se escolta con los automóviles, que sustituyen a las calesas y landós. Y el sol brilla, alto, en el cielo de Isidro.
(Foto Loigorri.)

DON ALBERTO ALCOCER



CON el número casi cerrado nos llega la triste noticia de la muerte del Excmo. Sr. D. Alberto Alcocer, Primer Alcalde del Madrid Nacional. Durante un período de diez años —continuando aquella labor que empezara bajo la dirección de don Miguel Primo de Rivera— don Alberto Alcocer entregó su inteligencia y su esfuerzo a la difícil tarea de reconstruir, material y moralmente, una capital destruida por las hordas rojas. Sin desmayos ni desalientos, sin reparar en cansancio ni en sacrificios, fué superando, día a día, la obra, y Madrid, bajo su mandato, dejó de ser una ciudad herida y en ruinas para transformarse en la esperanza de la gran capital que todos soñamos. Como homenaje a su recuerdo ponemos aquí una fotografía del Alcalde de la Liberación, y otra del pueblo de Madrid, apiñado, en impresionante y silencioso homenaje, para decirle su último adiós.





TRES MOMENTOS DE UN MANDATO E J E M P L A R

Con el aire ya neblinado de un viejo album, he aquí unas fotografías de las horas primeras, cuando Madrid era sólo dolor y recuerdo. En la parte superior vemos el primer Ayuntamiento de la Villa al salir de complimentar al Caudillo, apenas constituido, bajo la presidencia del señor Alcocer.



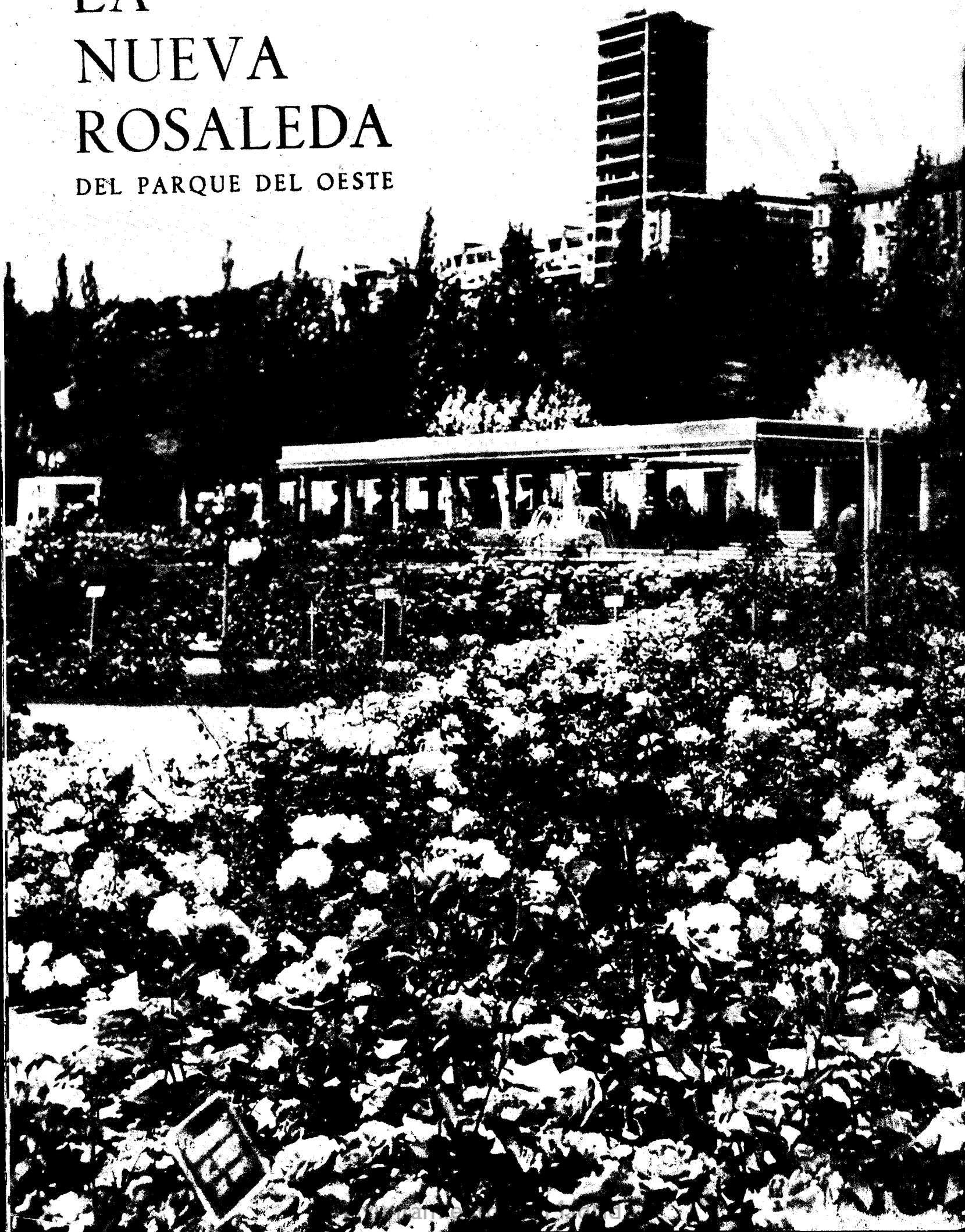
En la segunda, el Alcalde de la Liberación inaugura el Viaducto, felizmente rematado bajo su mandato.

En la tercera, el señor Alcocer, que tanta atención prestó siempre a lo social, inaugura el Albergue de Mendigos del Paseo del Rey, que venía a resolver uno de los más acuciantes problemas madrileños.

Tres momentos de una vida entregada por completo al servicio de España y de su Capital.

LA NUEVA ROSALEDA

DEL PARQUE DEL OESTE





La Rosa'eda del Parque del Oeste es ya, a breves días de su inauguración, una de las más bellas y completas de Europa. La selección de los excepcionales ejemplares, su acertada disposición, la creación de un paisaje que pone de relieve todas sus hermosuras, constituye el remate de una labor tenaz e ilusionada, llevada a cabo por el concejal delegado de Parques y Jardines, don Vicente Salgado, y por el jardinero mayor, don Ramón Ortiz, y el personal a sus órdenes. Un acierto, pues, en el que la belleza se une al trabajo. Como símbolo de él —y como pleitesía a nuestra primera dama municipal— este reportaje se encabeza con la rosa que obtuvo la medalla de oro el año pasado y que lleva por nombre «Condesa de Mayalde».



El Alcalde acompañado de los Concejales, entre los que figura el Delegado de Parques y Jardines, señor Salgado, recorren los Jardines de La Rosaleda



El Conde de Mayalde se detiene ante uno de los magníficos ejemplares que figuran en el invernadero



Una vista general desde el porche de la Rosaleda del Parque del Oeste, cuya triunfal inauguración ha puesto una vez más de manifiesto las magníficas cualidades de nuestros jardineros, al frente de los cuales figura don Ramón Ortiz y el Delegado de Parques y Jardines, don Vicente Salgado

IDA DE LA

CON su sonrisa un poco triste y su belleza siempre en flor, la Emperatriz Soraya, acompañando a su esposo el Sha del Irán, llegó a la capital de España, que se rindió a su paso.

Quizá, entre todas las visitas que renuevan cada día la amistad de España con los países del mundo civilizado, ninguna haya promovido tan honda emoción y simpatía como la de esta pareja de Soberanos que, en plena juventud, comparten, estrechamente unidos, los problemas de la gobernación de su pueblo.



La Emperatriz Soraya conquistó el corazón de todos los madrileños. Y aquí la vemos, como en un saludo, recibiendo la bienvenida de Madrid, y lanzando una primer mirada curiosa a través del coche que la trasladó hasta su residencia, en compañía de la Excelentísima señora Doña Carmen Polo de Franco.



CORPORACION



El Ayuntamiento en Pleno, con su Alcalde a la cabeza, saluda al Sha del Irán que, acompañado por S. E. el Generalísimo Franco, fué recibido por la Corporación en la Plaza de Colón

En los jardines de Cecilio Rodríguez, el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid ofreció una cena en honor de los egregios visitantes. La Emperatriz Soraya llega a los Jardines acompañada de la Excelentísima señora Doña Carmen Polo de Franco



Los Soberanos del Irán, acompañados por el Alcalde, recorrieron las calles de la capital. Aquí los vemos, sobre el fondo de la Cibeles, durante su paseo

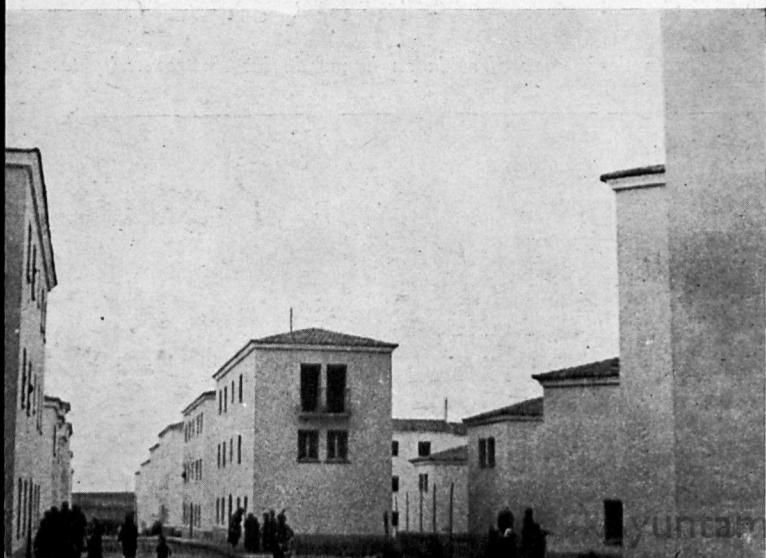
Un aspecto de la cena, en la que los Soberanos charlan animadamente con S. E. el Generalísimo Franco y con el Alcalde de Madrid





DE JUANA, CONDECORADO

La excepcional labor que nuestro compañero de corporación, el Teniente Alcalde de Vallecas, don Eustasio de Juana, lleva a cabo en su distrito, se ha visto coronada con la construcción de un numeroso grupo de viviendas de renta reducida, en buena parte de las cuales habitan ya madrileños modestos. La labor del Sr. De Juana ha sido premiada con la Cruz del Mérito Civil. Aquí, como homenaje a su acierto y su esfuerzo, publicamos el momento en que el Alcalde de Madrid, Conde de Mayalde, le impone la preciada condecoración, y dos aspectos del poblado, que constituye motivo de legítimo orgullo para el Ayuntamiento y para los que nos preciamos con la amistad del Sr. De Juana.





Ejercicios de los bomberos en el Asilo de San Rafael



El Primer Teniente Alcalde, señor Soler, en la inauguración de los adornos iluminados de la calle de Fuencarral

El Pregón de San Isidro, da comienzo a las fiestas; las pregona. Como cada año, una prestigiosa figura literaria —José María Sánchez Silva— ha prestado el garbo y la finura de su prosa a este jubiloso voceo de las fiestas del Patrón. Cara a la arquitectura simétrica de la Plaza Mayor, al bronce y al galope quieto del caballo de Felipe IV, los pregoneros de Madrid anunciaron que el año de 1957 disponía rezo y jolgorio para agradecer al Santo su patronazgo. E Isidro, santo bueno y sencillo, engalanó su pradera y se dispuso para recibir a los que a ella acudiesen, como en una romería secular, con los ojos abiertos al milagro y el corazón a la esperanza.

El Primer Teniente Alcalde, señor Soler, y el Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdavia, en la procesión del Domingo de Resurrección en la Catedral





La Condesa de Mayalde preside la mesa petitoria que se instaló en la Casa de la Villa durante la llamada Fiesta de la Banderita a beneficio de la Cruz Roja



La Condesa de Mayalde amadrina al niño Cristóbal González Muta, nacido en un taxi madrileño. La conmovedora y simpática ceremonia tuvo lugar en la iglesia de San Cristóbal



Las guapas de "El Alcázar", que constituyen el grupo de las llamadas "Majas de Madrid", fueron recibidas en el Ayuntamiento. En la fotografía las vemos rodeando al Primer Teniente Alcalde señor Soler, que tampoco parece encontrarse muy a disgusto

El Alcalde de Madrid, Conde de Mayalde, contempla un retrato suyo en la exposición de acuarelas que se celebró en el Palacio de Cristales del Ayuntamiento





SUPLEMENTO DE VILLA DE MADRID ♦ NUM. 2

Cada número un concejal

FESTEJOS POPULARES: SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

Por JOAQUIN CAMPOS PAREJA

Teniente de Alcalde y Jefe de F. E. T. y de las J. O. N. S. del distrito de la Latina

Guardan honda tradición popular en Madrid, entre los festejos de barrio, los que se celebran en honor de San Antonio de la Florida.

Año tras año, los madrileños, y aún más, las madrileñas, acuden en romería a la ermita del santo franciscano a solicitar gracias y favores que concede con largueza, y a disfrutar, como ayer, de unas horas de esparcimiento en la Pradera del Corregidor, que si no se presta al desfile de calesas desbordantes de belleza de las majas viajeras, aún ofrece la posibilidad de la merienda familiar y de subirse a las nubes en imaginativo vuelo de pájaro mecánico, o de galopar en el corcel amable del «tío vivo».

Una de las funciones más gratas, hasta sedante si se quiere, entre las múltiples que el diario quehacer presenta al Teniente de Alcalde, es la de preparar y llevar a buen término un programa de festejos populares.

Entre las varias facetas de los festejos, hay dos, quizá tres, que constituyen los puntos clave de un programa bien orientado. En primer lugar, conservar en la medida de lo posible la tradición popular, que, en el caso de San Antonio de la Florida, podemos calificar de secular; en segundo lugar, lograr un programa de festejos, unos festejos en sí, adaptados a la idiosincrasia de las gentes de la barriada y que brinden ocasión de sano divertimento; y, por último, y éste es uno de los aspectos más desconocido de las fiestas populares, que sean ocasión para recaudar los fondos que la Junta de Beneficencia del distrito necesita para ejecutar los presupuestos de acción social, aspecto bien fundamental en un distrito como este de la Latina, de numerosa población humilde.

La confección y desarrollo de un programa de festejos no se debe solamente a la gestión del Teniente de Alcalde, como bien puede comprenderse, sino que es necesario implicar en estas actividades a los vecinos e industriales del distrito más caracterizados y a las personas

que destaquen por su función representativa o de autoridad, con las cuales debe constituirse un conjuntado equipo que se agrupa bajo la denominación de Junta de Festejos, pudiéndose afirmar que el éxito está asegurado cuando se encuentra el equipo de colaboradores.

En el programa han de incluirse festejos para todos, y así, para las modistillas, que celebran San Antonio tanto como Santa Lucía, establecemos el concurso «Reina de la Costura Madrileña», con el que, aparte de montar un espectáculo atractivo, movemos a la emulación a las más modestas operarias de la aguja, que con toda ilusión ponen a prueba sus aptitudes profesionales y exhiben los modelos que a sí mismas se confeccionan.

Para otros, se incluyen en el programa conciertos de la Banda Municipal, actuaciones del Grupo de Teatro de Títeres del Frente de Juventudes del distrito, concurso de fotografías, pinturas, dibujos, grabados, con las correspondientes exposiciones, reservados a no profesionales, así como concursos literarios en prosa y verso, igualmente para no profesionales, con los que ofrecemos su oportunidad a los vecinos con dotes artísticas o literarias.

De tipo popular, las clásicas atracciones verbeneras, carreras de camareros, de cintas en bicicleta para señoritas y muchachos, la cucañá, los juegos del baile de la «media naranja», baile del «bombín», carreras de carros de mano, con señorita «a bordo», y desfile de gigantes y cabezudos.

En el aspecto deportivo, el II Trofeo Motorista «San Antonio de la Florida», que merece mención especial, dada la entidad de una prueba motorista de esta categoría, llevada al circuito de la Casa de Campo, y que puede realizarse gracias a la colaboración que nos presta el Real Moto Club de España.

Complementan estos festejos las fiestas de los Jardines del Cabo Noval y del Mantón de Manila, con desfiles de Alta Costura, cena y atracciones, que ponen en los festejos un signo de distinción que también les es necesario.

Y, por fin, el aspecto de acción social de los festejos, para hacer llegar a los vecinos con alguna necesidad perentoria, aquello que ha de remediarles, ayudándoles, en ropas, efectos, metálico, o en lo que necesiten, permitiéndome señalar que este año de 1957 hemos conseguido un considerable avance, pues se ha dado fin a las peticiones más o menos obligadas, llegando las ayudas a los que las necesitan, dado que el censo de familias en deficiente situación económica es ya una realidad, que nos ha permitido hacer uso de nuestras posibilidades con una elegancia para nuestros convecinos más necesitados a la que, por su misma condición, son acreedores.

Y así son los festejos populares en honor de San Antonio de la Florida en este año de 1957.



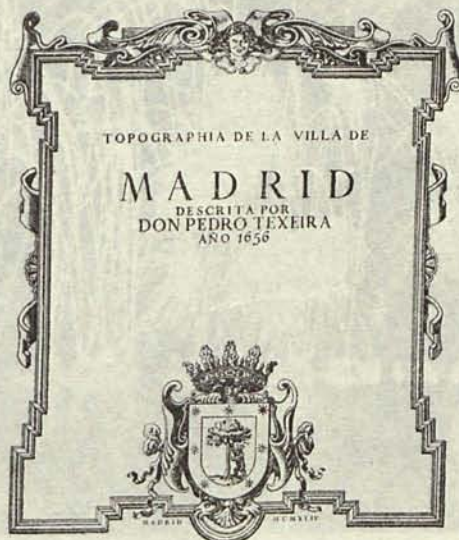
BIBLIOGRAFIA

POR J. LEAL FUERTES

Topografía de la Villa de Madrid, descrita por D. Pedro Texeira.
Año 1956. Madrid. Artes Gráficas Municipales. 1944.
(Edición reproducida en 1957). 20 láminas.

OBRA fundamental para el estudio del Madrid de los Austrias es la «Topografía de la Villa», descrita por don Pedro de Texeira, fechada en el año de 1656. Los rarísimos ejemplares que de esta obra se conservaban motivaron, en 1881, su publicación por la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico. La edición no tardó en agotarse, por cuya razón el Ayuntamiento de la capital, al publicar en 1926 la «Guía de Madrid para el año 1656», incluyó en la misma una reproducción de conjunto de la magnífica «Topographia» y otra del citado mapa, dividido en diez y ocho parcelas, en tamaño reducido, precedidas cada una de ellas de un documentado estudio de Martínez Kleiser, encaminado a orientar al lector para buscar los principales monumentos, aclarar ciertas inscripciones erróneas observadas en la designación de algunas calles y señalar, por último, la equivalencia de las denominaciones antiguas con la nomenclatura actual. Como esta obra corriese igual suerte que la de 1881, el Ayuntamiento de Madrid editó, en 1944, el plano de Texeira, distribuido en veinte hojas. Agotada también esta edición se ha verificado en el presente año una nueva tirada que permite a todos aquellos a quienes interese la historia de la capital disponer de un interesante documento para estudiar la estructura y el carácter de la Villa y Corte en el siglo XVII y seguir la trayectoria de su progresiva evolución.

El plano levantado en 1656 por el cosmógrafo portugués Pedro de Texeira es, quizá, el mejor de los antiguos referentes a nuestra capital. Aunque Fernández de los Ríos lo consideraba como el más antiguo, lo cierto es que existe algún documento anterior, como el plano de De Wit, que data de 1620. Pero lo que no admite discusión es que la obra de Texeira supera en perfección a la trazada por el citado De Wit, y, en algunos aspectos, a otras posteriores, como los planos de Gregorio Fosman (1663), Tomás López (1759), Espinosa de los Monteros (1769), etc. Como decía Mesonero Romanos, «su extensión, la exactitud y minuciosidad con que está reproducido, en perspectiva caballera, todo el caserío de la villa, en escala bastante extensa para poder apreciar sus pormenores, hacen de este grabado un documento tan precioso como generalmente ignorado por los que han tra-



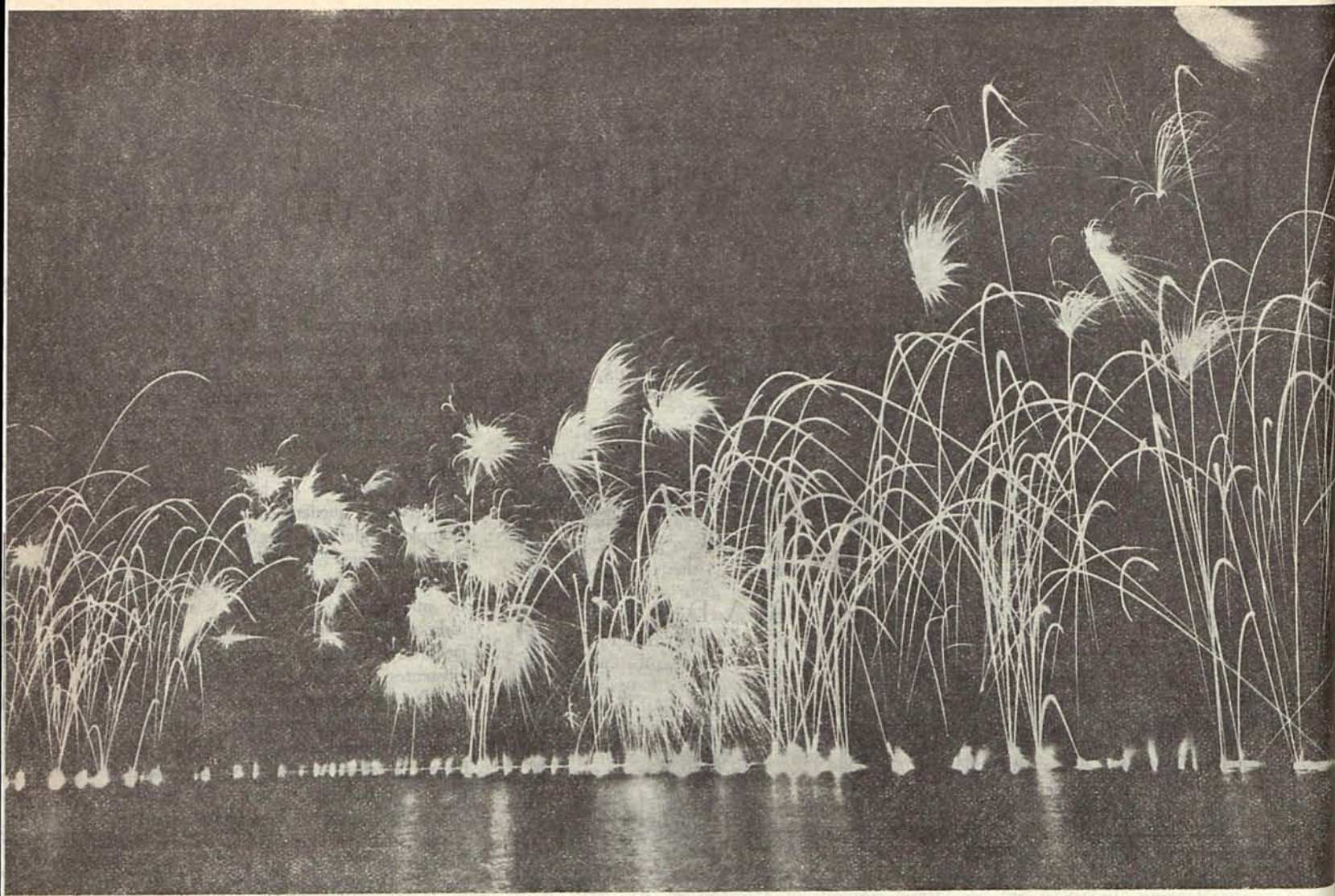
tado de la historia de Madrid». La correspondencia del dibujo con la realidad, no sólo en lo relativo a la estructura externa de edificios y monumentos, sino también respecto al interior de los mismos es asombrosa, y aún hoy su exactitud puede comprobarse en los escasos edificios diseñados en la «Topographia» que todavía quedan en pie. Sirvan de ejemplo la iglesia de San Nicolás, la Torre de los Lujanes, San Pedro el Viejo, etc.

Muestra Texeira las calles del Madrid de su época, con «el largo y ancho de cada una de ellas», las plazas, fuentes, jardines y huertas, las catorce parroquias existentes en la corte de Felipe IV y sus templos anejos, los conventos, hospitales, ermitas y humilladeros, el Alcázar Real con sus dependencias, los edificios públicos, las casas señoriales, y, en general, toda clase de construcciones, por pequeñas e insignificantes que fuesen. De las referidas edificaciones se dibujan «las delanteras de la parte que mira al mediodía», como dice el propio Texeira, «sacadas al natural, que se podrán contar las puertas y ventanas de cada una de ellas».

No debe concluirse esta reseña sin señalar las dificultades que entrañaba la impresión de la «Topographia de la Villa de Madrid». Todas ellas han sido vencidas con singular acierto por el Servicio de Artes Gráficas Municipales del que es Concejal Delegado don José Iglesias Puga. Una vez más la Imprenta Municipal ha realizado un trabajo que, por todos conceptos, merece alabanzas.



Una hoja del plano de Texeira, 1656.



SAN ISIDRO, PATRON DE MADRID

A Madrid se le nota bien a las claras su capitalidad y sus dos millones de almas; para comprobarlo no tenemos más que asomarnos a la ventana. Sin embargo, si a Madrid nos acercamos por cualquiera de los caminos que en ella mueren, contemplaremos sorprendidos el milagro de un inmenso racimo de casas nacido sobre una tierra abierta y dura como el mar, sobre una tierra grávida, parda y monótona, sobre la tierra más tierra que he visto jamás.

Es natural que esos millares de casas tengan como patrón a un labrador. No hay oficio, de los muchos que puede aprender el hombre, que la represente mejor. Quizá por eso Madrid veneró y fué leal a su santo campesino cuando era burgo; cuando al ir creciendo se hizo villa; cuando un rey, tan austero como la tierra en que reinaba la convirtió en corte; cuando la afluencia de gentes la ensanchó y elevó, y cuando, por fin, España, al resucitar un día, sintió la necesidad de tener una capital más bella, luminosa y amplia y creó el gran Madrid.

San Isidro fué, en el principio, su Patrón y lo será hasta el fin.

Preguntemos sobre sus fiestas a unas cuantas figuras famosas que viven en este gran Madrid.

1.º ¿Qué es lo que más le agrada de las fiestas de San Isidro?

2.º ¿Qué es lo que menos le gusta?

El novelista Alejandro Núñez Alonso:

1.º Lo que más me agrada de San Isidro es su «isidrismo», representado por los millares de provincianos que, de todos los rumbos de España, se vuelcan en la capital para reiterarle anualmente la espléndida y aleccionadora adhesión de su homenaje. En la actualidad, San Isidro está más en la Gran Vía que en ningún otro lugar de la ciudad. Da gusto ver esa avenida la noche víspera de la festividad repleta de todos los pa'etos de España. Yo nunca falto.

2.º Lo que más me desagrada de San Isidro es la supervivencia



forzada, con mucho de postizo, de un Madrid antañón, de acento y tono desvaídos —por falsos—. Tal remedo de un Isidro a la vieja usanza lo ha-

cen precisamente algunos madrileños que ese día son más paletos que todos los paletos que estamos en Madrid.



El comediógrafo José López Rubio:

1.º Sin duda, el aire auténticamente popular de la Pradera de San Isidro.

2.º Los festejos mismos. Las ciudades en fiestas pierden su fisonomía. Prefiero a Madrid en su propia salsa.

El pintor Pancho Cossío:

1.º Lo que más me gusta es la paradoja, el que un labrador sea patrón de un lugar donde no hay campo.

2.º Lo que menos, el tipismo trasnochado.



El Director del Teatro Nacional «María Guerrero». Claudio de la Torre:

1.º Lo que queda de estampa galdosiana y, sobre todo, los isidros auténticos, esos isidros que siguen creyendo que la Plaza Mayor es lo mejor de Madrid, que el teatro es espectáculo de más enjundia que el cine y que se sacan sus butacas para ver una «función», dándole la espalda muy tranquilos a todo el cine-mascope de la Gran Vía.

2.º La campaña del silencio. Durante esos días debería levantarse la veda de ruidos. No puede haber fiesta popular sin buenos ruidos, de esos que no dejan dormir al vecindario.



La humorista «Baronesa Alberta» (M. Ballesteros):



1.º Tendría que contestar que todo: las iluminaciones, los escaparates que «echan el resto», los festejos populares de la Pradera, con sus tióvivos y su humareda de churros. Ese aire de pueblo en feria que toma la capital y que le quita un poco la seriedad y el aburrimiento que le dan tantos Bancos.

2.º Una sola cosa. La vuelta a casa después de los festejos, porque, salvo un milagro de San Isidro, no hay manera de encontrar un medio de transporte.

El escritor Tomás Borrás:

1.º El mayor festejo de Madrid, es Madrid mismo.

2.º Que no se nombre una comisión de artistas y escritores para resucitar las Verbenas en su carácter madrileño, desterrando de ellas lo chabacano y extranjerizante.



El actor Enrique Diosdado:

1.º Los toros.

2.º Las Verbenas.

El músico Manuel Parada:

1.º Pensar y comprobar que los forasteros lo pasan estupendamente.

2.º Pasar las fiestas sin ser forastero, que es lo bueno.



Piso Bajo

NOVELA MADRILEÑA

POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(CONTINUACION)

Otro portal, el de la casa de la calle de la Madera, que fué la segunda en que habitaron, conservaba la sombra de su fe en ella. Sólo un día, al salir, en el contraste con la luz de la calle y por el especial olor a acero afilado que tenía el viento indiferente que corría por allí, tuve la revelación de su desgracia.

Al pasar por esa estación de su vía crucis de portales, don Pedro miraba a los adentros como si viese arrancadas sus ventanas y puestas en pie para que las repintasén de nuevo, arrancadas a los balcones para que olvidasen el pasado gracias a la nueva mano de pintura.

«Sí, al salir un día...», se repetía mientras tocaba la piedra del gran marco de entrada del panteón del pasado.

Entre sus portales señalados había otros que sólo se enlazaban a recuerdos menos entrañables.

—¿Volviste a ver a Clotilde?

—No. Pero alguna vez paso por su portal.

En la resonancia interior del portal hay un eco inextinguible y se sabe los que son de portero o portera, siendo ya producto de una sabiduría superior cuáles son de gato o de gata.

A veces, en el callejeo por la ciudad en que se nació y en que se fué estudiante, se tropieza con el portal abominable del profesor que fué inútilmente duro con el alumno que tuvo que ir a verle a su casa para ver si así merecía su piedad.

—¡La vida sólo me ha dejado la vaciedad de los portales!—exclamaba para sus adentros.

Después pasaba por otros portales desinteresados de la infancia, en que gritó: «¡Portera! ¡Portera!», y echó a correr.

En esa característica de los portales había mucho desdén para los de fuera y alguna atención para los de dentro, pero el recuerdo más inolvidable era el de aquel portal en que se atrevió a entrar a las siete de la mañana, sintiendo cómo el portero se había dado cuenta de que había dormido fuera. Esa impresión de ducha para la conciencia sólo podía ser compensada con el escalofrío de pensar cuál sería el último portal de la vida.

—¡Enchúfame la plancha!—gritaba desde su cuarto de sábanas borrascosas.

Y salía a replanchar su traje de combate.

El día que parecía interminable ya tenía torera que lo torease.

Don Pedro conocía bien esa querencia rápida, ese levantar los platos de la mesa de la cocina para planchar rápidamente su traje azul con lunares blancos aún húmedo del último lavado.

La tarde la llamaba fuera por su nombre y parecía que iba a ramonear acacias, a sorber cielo azul, dejándose coger por la cintura por el discípulo robado.

Aguantaba las palabras que se le podrían escapar, porque veía que así es la vida y cumple su ciclo de ansiedad, urgentemente, con una urgencia que según envejecía la parecía que era poca, que aún podía ser mucho mayor.

Al pasar junto a la cacharrería el botijo la decía todos los días: «Llévame de paseo». Ella sonreía al gordinflón y le decía también con la voz baja de sus adentros: «¿Pero no comprendes que te podrías romper? Los botijos no son para pasearse, sino para lucirse a la puerta de la tienda».

Con una niña se ve que se atreven todas las cosas y un ordinario percal se la ofrece para un trajecito, y una peineta cualquiera quiere escalar su pelo.

«Déjenla. Déjenla en paz», dicen los vigilantes del aire que protegen a las niñas. Olía la gran calle del mundo y ya estaba dispuesta a recorrerla.

—Necesito unos zapatos de color—decía como disculpa—y ya se reunían en fila las calles más lejanas y los escaparates más remotos.

Una voz secreta y depravada, la voz de la decepción, la quería disuadir: «¿Pero qué vas a encontrar de nuevo por esa calle en bata que es la calle de Fuencarral?» Y ella contestaba: «Desde ayer—siempre desde ayer—todo es nuevo en ella».

Olvido reía a un joven o a un señor que se paraban en aquel escaparate en que ella se había parado a mirar y los dejaba en aquel mundo mientras ella seguía viaje.

La impresionaba ese aspecto de la ciudad en la tarde color ceniza en que parecía libre de todo mal, las casas herméticamente cerradas y con órdenes de no recibir descarriados.

—La señora no está.

Olvido miraba ya lejos de su casa a los balcones sin ojos para ella, multiplicando sus votos para el bien, como una fortuna de los hogares en que se vivía estrechamente.

Ante esa momificación santa del Madrid Anti-París en que la había tocado nacer y en que vivía,

se llenaba de fuerzas contra los seductores, pues ya creían que iban a poder forzarla, que iban sumando palabras, apretones del brazo y arrechuchos nada más que para llegar al número que vence y si te he visto no me acuerdo.

La alegría de la calle no era popular como resulta en la única ciudad comparable con Madrid, que es Nápoles, donde los barrios bajos invaden todas las calles con una alegría aristocrática —aristocracia de la clase media y de las obreritas del centro— todos viviendo un día de excepción todos los días.

Van gulumando esquinas, disfrutando su peatonismo todos y todas orgullosos de ir erguidos, satisfechos con lo que tienen, felices por hacer el recorrido que se han propuesto, dichosos si ven una bonita coicha en un escaparate.

Van componiendo el ritmo alegre de la ciudad como si tomaran parte en una farándola convenida con un sonsonete en voz baja como recuerdo cantado de la zarzuela del día.

Los extranjeros atisban eso y no saben que esa tonada la aprendieron hace siglos y continúan viviendo al día.

Se van cogiendo de la mano los de un tiempo y los de otro —siglos entre unos y otros— y por eso esa atracción de los adolescentes al comprobar el perpetuo andar alegre.

Eso es lo que Olvido buscaba en el lanzarse a la calle como si la calle fuese el gran novio, el enlace de la juventud y la vejez de todos los tiempos, con innumerables niños andando por lo bajo entre unos y otros.

¿Qué hace ese muchacho que parece que está dando música de manubrio al trecho de acera en que maniobra? Eso, sino que inaudiblemente, dando vueltas al cigüeñal que sirve para levantar el toldo, porque ya el escaparate puede aguantar la luz del día sin visera de toldo.

Por eso, si va retardando, nadie se apresura y ella, que iba hacia su novio, lo mismo la daba que estuviese en el lugar de la cita o que se hubiese marchado.

Ella caminaba, se paseaba, se ponía sombreros de los escaparates de sombrerería y se abanicaba con los abanicos de nácar de las abaniquerías.

Toda la ciudad estaba llena de intrigas —pequeñas intrigas a la madrileña—, pero la inquietud de Olvido, su salir mojada y con flequillo, lo echaba todo abajo, lo remetía en los sórdidos despachos o en las sórdidas trastiendas.

Madrid tenía una concesión antigua, milagrosa, por la que a una cosa así, una niña en salida y estallido, todo se la puede obviar, y ya no hay que ir a cobrar la cuenta de Fulano, ni a ese que se iba a desafiar no le corre prisa el lance.

Ha pasado una muchacha crédula y bonita que aún no sabe lo que es el mundo. Han regado, se ha duchado la calle como ella antes de salir. Están mano a mano. Se acompañan mutuamente niña y ciudad.

—¿Y si te pasa algo?

—Lo que ha de suceder sucederá pasado el tiempo. Después de cuatro o cinco años de relaciones con el que sea.

—Entonces tienes tiempo para pasar y volver a pasar. En el estuche de la boca de riego tengo refrescantes perlas para mucho tiempo.

—Siento dejarte, calle del Divino Pastor —decía ella al llegar a la verja del jardín de esquina—, pero me voy por Fuencarral.

—Lo siento. Ya sé acompañarte de amor. Fuencarral ya es otra cosa. Es calle ancha y con muy distintas gentes.

Habría una relación íntima entre los grandes anillos para macetas que sobresalían de los balcones y sus ligas de niña.

Espejos laterales de escaparates que eran como celestinas que la ofreciesen frascos de perfume o pañuelos de encaje, Olvido apretaba el paso cuando veía que la seguía el seductor.

Conocía la persecución de las pulseras de oro y el ofrecerla su corazón escondido de los bolsos de ante.

La calle no se cansaba de hacerle proposiciones, pero la niña no deducía más que todo la había mirado y la había musitado al oído cosas que no acababa de saber qué querían decir.

El aire besa con efusión a la rosa y a la niña.

Olvido se sentía excitada por ese soplo por el que no hay que echar la culpa a ningún caballero, pero aun así volvía la cabeza con un ingénito gesto de rebeldía.

Creía que el mundo es un concurso de belleza



abierto a todas las niñas y con grandes paraísos. No pensaba en la muerte por eso, porque se sentía concursante al gran premio.

Esparcido por toda la ciudad, disimuladamente, el jurado; en los tranvías que pasaban, los tesoros del premio esparcidos por los comercios de toda la ciudad.

Esa máquina de coser eléctrica... Premio de belleza.

Ese reloj de pulsera rodeado de brillantes... Premio de belleza.

Ese juego de cama... Premio de belleza.

Ella no sabía que era una entre los millones que tenían ese despertar en el mismo día del mundo.

Ella se creía que era la sola en el universo, llevando en sus adentros el molde de toda la futura vida de la especie. La ley del Creador es que en todo despertar al sentido pleno de la vida de toda mujer en sus principios, bien de la pubertad, hubiese esa ceguera roja de creer que todo dependiese de ella sola.

La base de toda la novelaría de la existencia estaba concentrado en este correr sin tino, un día de sol bajo la rayada sombra de las verjas del jardín.

La calle no puede quedarse sin un renovado aturdimiento. Perdería su encanto, su no saber dónde iba ni lo que sucedería a través del día.

Se convertiría en una calle sosaina, reveladora de lo prosaico y engañador que es el comercio, todos los precios elevados para vivir mejor.

La jovencita sin poder adquisitivo, vestida con nada, sin joyas y sólo con una cinta de seda, distrae de su ciega conspiración a la ciudad, descuenta sus cuentas y preocupaciones poniendo más azucarillos en las jaulas de los canarios, agrandando la tristeza de las florerías, rejuveneciendo los trajes fanés de los escaparates de los tintes.

Siempre el pasear entre el apremio y la espera, que es lo que después paga muy caro el hombre, pues la mujer llevará en sí siempre la inquina de haber esperado tanto.

Olvido tenía prisa de lo que fuese. Por eso se asomaba a todo con esa cosa de buscar algo que se la había perdido, una llave para entrar en una casa en que nunca había entrado, algo así.

Se equivocaban los que creían que la llevaba a aquella vida inquieta y escandalosa una sensualidad arrebatada. Nada de eso.

Tenía curiosidad para saber dónde llega el hombre en su atrevimiento y si tiene resistencia para pagar y reservar la diversión permanente de la mujer.

Repulsaba a todas las viejas y a las mujeres maduras, y a las mismas jóvenes las empujaba por detrás, muy de cerca.

No era nada menos que la señal graciosa de otra generación, de la que pende la resolución del mundo, la que revela que ya está la que ha de echar a la que debe quedar vacante, no sirviendo para nada el haber sido como ella en otro tiempo, no hace mucho.

Era la fulguración innominada contra la que no habría subterfugio. Sólo el lograr que ella también se volviese una vieja, pero eso tardaría muchos años.

Mientras, la gracia de la ciudad hacía que al pasar por una pajarería saliese de entre las jaulas una proposición de convertirla en pájaro, el más bonito de los pájaros.

Conocía esa melancolía en que entraba en cuanto

las calles se quedaban sin gentes. Se sentía sin admiradores posibles, sin mujeres con las que mirarse en señal de desafío o de admiración, mas enternecida con los que han comenzado la decadencia de la vejez y a las que parecía querer dar ánimos secretos, ella sola sabía con qué palabras.

Volvían. No tenían más remedio que volver. Ella se había puesto morra, mustia, no encontrando gracia en ninguna de las palabras que la decía el de turno.

Sólo algún escaparate que aún estaba encendido actuaba de salvavidas para que se reencontrasen. La noche la había puesto vela de notas.

Venía de un camino embistiente, en línea recta, sin mirar a los lados. No había convicción posible en la jovencita, nada que proponerla, préstamo de un domingo, clandestinidad de una hora para iniciarla. La jovencita representaba la ceguera y la injusticia del mundo, la huída por en medio del bosque de la corza frenética.

Sólo un tiro con mucha puntería y pararla encojada y sangrienta; pero pensar lograr eso por otro medio inútil, inútil.

La niña no había caído. Pero, ¿por qué iba a caer la niña? ¿Para quedar ojerosa, destrozada, como esas mujeres que en los barrios extremos esperan siempre el que pueda subir? ¡Pobrecita! ¿Que quede como el toro con toda la espada dentro y el que ya nadie la podrá resucitar?

La niña vuelve cansada, con la cara color canela, con el sombrero en la mano, desafiando balcones que ya no miran para fuera, entreteniéndose en el portal para no llamar tan pronto a su puerta, porque esa iba a ser su derrota inútil, su encierro con llave y cerrojo.

Estaba en ese momento en que no hay solución, en que como se ha prometido volver a la cárcel, hay que volver.

Se la caían sobre la cara mechones de pelo y los relojes de las tiendas abiertas les señalaban la hora con encono, no debiéndoles importar el caso a ellas, los muy cazurrones.

Esa vuelta nocturna descomponía sus risas, agotaba sus conversaciones y era como un paraguas que les cobijase cuando no estaba lloviendo.

En la impaciencia se revolvía secretamente, y ella parecía decirle: «Cierra ese paraguas.» Y él parecía responderle airado: «¡Pero si no tengo ningún paraguas!»

Pero el paraguas invisible les pisoteaba con los muchos picos en que acababa su varillaje, y apretaban más el paso como si les moviese un gran disgusto y un gran sofoco.

Ella sentía que ya no valía nada en la oscuridad de la noche, y él lo mismo.

Volvía cansada como perdiz que hubiese corrido mucho campo con su bolsillo agarrado por las bridas, como después de un viaje remoto del que él no podía saber nada.

Traía sus ojos fijos e interrogantes, y su boca un poco cínica, en que fatalmente se estaba rizando el beso; sus cejas más hechas, más fuertes.

Don Pedro sólo la decía, como dando fe del hecho consumado, sin mayor retintín:

—¡Ya has llegado!

(ILUSTRACION DE SERNY)

(Continuará.)